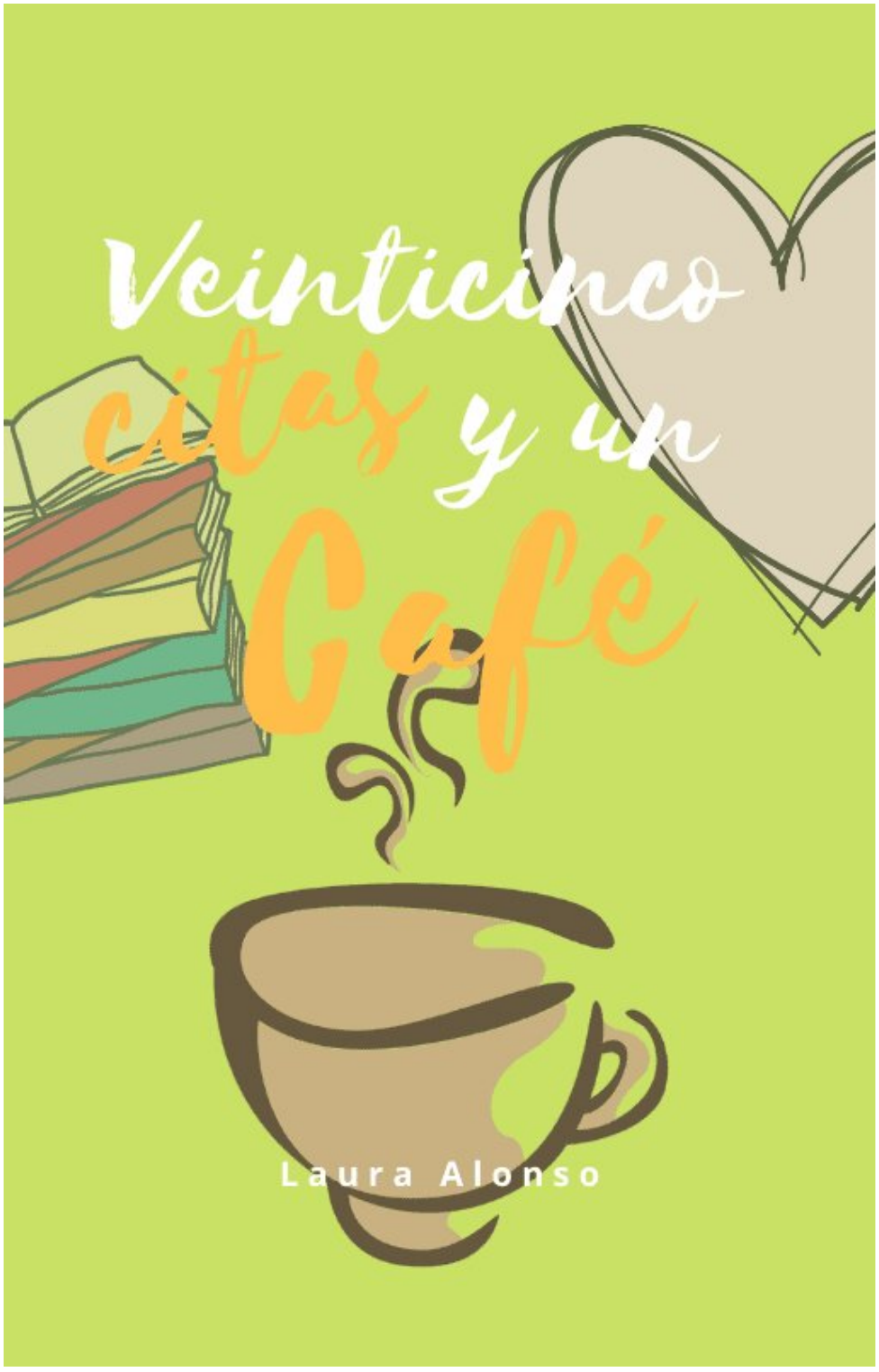
25 citas y un café

Laura Alonso



Capítulo 1

CAPÍTULO 1.

___

El problema de haberme pasado más de la mitad de mi vida leyendo libros sobre adolescentes que encuentran el amor de su vida en su primer día de clase, sobre tíos malos y misteriosos que se convierten en príncipes azules -yo no quiero uno de esos baratos que aparecen en los cuentos de hadas-, sobre chicos que te enseñan los placeres de la vida y el sexo, sobre adultos románticos que cruzan el charco sólo porque necesitan verte, adultos aventureros, activamente sexuales y perfectos. Sobre chicas que descubren el verdadero significado del amor cuando no creían en él, mujeres reparando solas sus corazones rotos y descubriendo que la masturbación es nuestra mayor aliada. Chicas populares que hacen apuestas sobre quién se enrolla con más chicos y al final se enamora de quien menos esperaba. Cientos de personajes, porque solo son eso, personajes. Con mucho vino y ninguna resaca. Con flores que no se marchitan. Historias donde hay muchos bombones, besos apasionados y sexo salvaje. Sexo que parece imposible de encontrar en una persona real. Ese que te obliga a masturbarte mientras lo lees porque te ponen cachonda unas descripciones idílicas que luego en tu cama no encuentras.

Idílico.

Ese es el mayor de mis problemas. Me he obligado a idealizar a todas las personas que se han cruzado por mi camino desde que tengo treces años. Porque desde bien joven he tenido la nariz metida en libros, pensando, más bien creyendo, que así aprendería cada una de las pautas que hay que seguir en el amor, que encontraría a ese personaje con el que haría el amor frente a una chimenea, en un hotel, en la montaña. Haciéndome creer que ahí fuera uno, de todos esos peces que hay en ese mar que se llama Madrid, estaría mi alma gemela. Creyendo que, a pesar de la toxicidad, el amor lo podría todo. Eso creía que me pasaría. Porque eso es lo que nos han hecho creer.

Pista: no ha sido así.

Empezando por mi primer novio a los catorce años: Julio. No recuerdo ni su apellido. No fue mi primer amor, pero sí mi primer beso. No fue uno de película como tenía planeado, ni si quiera serviría para un guion humorístico. Ningún escritor había descrito un beso de esa forma tan tímida y asquerosamente salivosa. Nuestros labios estuvieron muy cerca, pero las manos ni sé rozaban y mucho menos acortamos las distancias. No me gustó. Y tardé una semana en volver a besarlo para, días después,

dejarlo sin volver a saber de él.

La cosa mejoró con el siguiente. Y con el de después. Diría que fue por la experiencia que adquirí, pero la realidad es que todo fue gracias al alcohol. Con el alcohol las cosas parecen otras. Le cogí el gusto a asistir a las fiestas de los pueblos de mis amigas del instituto y a acabar en algún rincón morreándome con alguno de sus vecinos. Pero aún ninguno parecía saber tocar a una mujer, así que prefería hacerlo sola. Así fue como jugué con mi cuerpo y descubrí que el clítoris no estaba de adorno. Tardé en llegar a un orgasmo real con un hombre real. Me acostumbré a fingirlos porque me sabía mal decir que no me gustaba. Alimenté el ego de muchos, espero que hayan mejorado en el oral.

Todo empezó a cambiar cuando, empecé la Universidad en la carrera de Marketing y Publicidad. Ese fue el único momento de mi vida en el que cambié los libros por la fiesta, el sexo ocasional y por los conjuntos de brillo para salir los viernes y sábados noche. O por el día. Siempre era buen momento. Allí conocí a una larga lista de pretendientes. Yo no soy especialmente guapa, pero no me puedo quejar. No tenía las piernas súper largas y súper delgadas como la mayoría de las protagonistas de mis libros favoritos, ni unos labios hinchados y unas cejas perfectas. Mis ojos eran verdes e igual eso era lo único que llamaba la atención. Era pelirroja, pero muy oscuro. Ya casi parecía convertirse en otro color sin necesidad de tinte. Pero, para mí, siempre sería pelirroja.

También conocí a la que ahora es mi mejor amiga, hermana, compañera de vida y a veces enemiga. Una loca que se presentó en clase con unas gafas de sol negras de cristales grandes, los labios medio rojos, medio desnudos y las medias rotas de la noche anterior. Había empalmado para ir a clase. Mientras muchos se reían apenados, otros cuchicheaban de lo buena que estaba y otras la criticaban. Tristemente mujeres. No hay nada que odie más que una mujer criticando a otra. Yo me acerqué a ella con la cabeza bien alta.

-Hola -susurré sentándome a su lado. Se sobresaltó y me miró por encima de las gafas-. Soy Pandora.

-No grites, Panda -dijo llevando las manos a su cabeza. Sonreí ante el apelativo. No me gustaba que la gente me llamara así, siempre lo evitaba. Pero se lo dejé pasar, ¡y qué arrepentida! Pues ha día de hoy es su única forma de llamarme.

Ella se llama Carlota. Al contrario de mí es una morenaza, con un cuerpo que cuida como un templo entre gimnasio, dietas y cervezas, el abdomen de una piedra y un estilo de muerte. Es de esas personas que pasan por tu lado y giras un poco el cuello para verla un rato más. De esas mujeres que tienen un poderío con el que podrían dominar el mundo a su antojo si

se lo propusieran.

Lo que tenemos en común es que somos unas apasionadas del amor. Pero desde puntos de vista muy diferentes. Yo, le llevo la lista mental de tíos que le han hecho un cunnilingus, agrupada por lugares y ordenada por el tiempo en el que tardó en correrse. Ella, a mí, me llevaba la lista mental de la cantidad de desastrosas citas que había tenido desde que nos vinimos juntas a trabajar a Madrid, ella como escritora y yo como agente literaria.

-¡Nueva integrante! -anunció orgullosa Carlota sentándose en mi sofá de cuero negro. Vintage lo llamaba, pobre es lo que yo era-. Ana. La que trabaja en la cafetería al lado de la editorial. Sabía yo que esas miradas y esos corazoncitos en el café significaban algo más que cortesía.

-¡No te creo! -exclamé desde la cocina. Había cogido un par de cervezas para acompañar a la historia que estaba a punto de contarme. La cerveza no entraba dentro mis pasiones, lo baratas que estaban las latas sí.

-Pasé a dejar los nuevos capítulos que me pidió Fer -él era mi jefe-. Y aproveché para tomarme un café y escribir algo más. Spoiler: no he escrito nada, pero ya sé de qué va a ir el próximo capítulo -subió y bajó sus cejas insinuantes y dibujó una amplia sonrisa.

Carlota escribía desde que tenía uso de razón. Autopublicó dos de sus primeras novelas y la tercera conquistó el corazón de Fernando y todo el equipo editorial. Del que yo ahora también formaba parte gracias, solo un poco, a su enchufe. Desde los veinte años escribe con ellos y hasta ahora las cosas le estaban yendo genial, tanto profesional como socialmente. Iba por su segunda trilogía erótica, exactamente por el final de ésta. Le gustaba añadir sus propias experiencias al libro, sus batallas y anécdotas, había más de un guiño a sus polvos, a sus emociones y descripciones reales de la persona que le acompañaba en la cama en ese momento.

-No podré mirar a Ana sin tener esa imagen en la cabeza -dije apretando los ojos con una expresión de asco.

-Homófoba… -bromeó sacando la lengua.

-¡Oye! ¡Qué no lo decía por eso!

Ana ha sido una amiga más desde que llegué a Madrid. Las primeras semanas en el trabajo eran duras. Tenía que leer muchos manuscritos durante la semana, recibíamos muchos más a lo largo del mes, algunas veces no sabía qué aconsejar y no encontraba forma de ayudar a los escritores. Otros me odiaban, y yo a ellos. Por esos aires de superioridad y la forma de mirarte por encima del hombro. Al principio, Fernando me gritaba por cualquier cosa y no conseguía captar la armonía de la editorial.

Comencé a odiar la lectura, algo que me apasionaba. Dejé de leer por gusto y empecé a hacerlo por trabajo. Esta fue mi primera conversación con la camarera de la cafetería.

-Buenos días, ¿qué te pongo? -dijo una rubia sonriente. En ese momento no tenía más de dieciocho años. Estaba trabajando para poder pagarse los estudios y, hoy en día, se ha convertido en la dueña del local. Las vueltas que da la vida.

-Un capuchino, con mucha espuma.

-Te he puesto una chocolatina, a ver si alegras esa cara -decía con carisma. Guiñó su ojo y volvió a la barra. Recuerdo seguirla para darle las gracias y sentarme en un taburete a contarle lo triste que estaba.

Y así hasta ahora. Yo tengo veintiocho años y ella veinticuatro. La veía como una hermana pequeña y ahora la imagen de mis amigas se repetía en mi cabeza en bucle. Llevo tres años contándole mis hazañas, mis meteduras de pata, mis tímidas lágrimas y algún chivatazo de alguna futura novela que me fascinaba. Presenté a Carlota y Ana unos meses después. La química y la tensión entre ellas surgió desde el primer momento, pero no se manifestó hasta que nos tomamos juntas el primer cubata. El tonteo siempre estaba ahí, pero nunca sucedía nada. Ambas se sentaban y contaban sus experiencias en el amor, más bien en el sexo pues ambas eran fieles al sexo sin compromiso. La relación entra Ana y yo era algo más intima, las conversaciones siempre iban un paso más adelante y, muchas noches, nos tirábamos hasta tarde hablando por teléfono. Ella trabajaba mucho y nos veíamos siempre en la cafetería, pocas veces fuera de ella. Era nuestro refugio, un búnker. Incluso cuando cerraba estábamos allí las tres con una copa de vino tinto, en lugar de un café, y comida a domicilio.

-Oye, ¿tú no habías quedado esta noche? -llamó mi atención. Me giré en su dirección y encogí de hombros dando un sorbo a la cerveza, no era gran fan, pero era lo más barato de beber- Oh, no -averiguó-, itú lo has cancelado!

-Tengo mucho trabajo tía…

-¡A las once de la noche no estás trabajando, estás tirada en el sofá viendo mierdas románticas!

Acertó. No me escondo.

No era una persona muy de citas. Ninguno era lo suficiente de una cosa, otros eran demasiado de lo otro. Era una romántica empedernida. Me apasionaba el amor. Creía en la historia del hilo rojo y de que había alguien allí fuera justo para mí. Hecho para que estemos juntos.

Predestinados. Escrito en alguno de esos incontables libros que leía. No es culpa mía, es culpa de los escritores. Sólo que aún no lo he encontrado y cuando he creído encontrarlo pasaba algo que lo destrozaba todo, a veces eran cúmulos de discusiones, otras, simplemente, no congeniábamos y, la última vez, me pusieron los cuernos.

Había tenido muchas citas. Algunas acababan bien y otras acababan con yo escabulléndome por la puerta de atrás. Iba a restaurantes bonitos, la cena siempre estaba rica. Algunos proponían planes más elegantes, otros menos elaborados. No le hacía feos a nada mientras hubiera comida de por medio. Muchos acababan en beso y en revolcón en la cama. Otros en vomiteras por culpa de los chupitos de tequila, pero sin limón porque no me gusta. El problema era que luego alguno de los dos no llamaba. Yo, porque no estaba convencida y me refugiaba en el trabajo. Él, no sé. Simplemente no llamaba. No volvía a escribir. Con otros había otra copa al día o al fin de semana siguiente. O un simple mensaje para quedar y follar. Si me pica pues llamo para que me arrásquen. Es la frase que mi amiga me metió en la cabeza. Había cervezas de media mañana y alguna copa después de trabajar. Pero lo que nunca había era un café al día siguiente para hablar y cuando no hay café es porque hay poca conversación, pocas ganas de conocer a la otra persona. Porque el café es sólo eso, no hay muchos platos de comida que te den tiempo para pensar qué decir y que te obliga a comentar durante una hora lo bueno que es el chef. El café es solo eso, porque no da para hablar de él durante una hora. Porque el alcohol te incita a ser más extrovertido y un café te acoge para que abras tus sentimientos. Esa era mi estúpida teoría y probablemente la que me lleva a esta historia.

-¿Cuándo vas a empezar a dejar de rechazar tíos?

-No sé, ¿cuándo sean Brad Pitt?

-¡Ni si quiera te gusta! -gritó bufando y tirándose atrás en el sofá, reí enseñando los dientes.

-¡Lo sé! Pero es el primero que se me ha venido a la cabeza -me excusé y me tiró un cojín, me quejé y ella me sacó la lengua porque era así de infantil.

-Dame tu móvil.

-¿Para qué?

-¡Dámelo! -lo agarró con fuerza- Voy a abrirte un perfil de citas. Eres graciosa, guapa, tienes trabajo, vives en el centro… ¡Verás que rápido te quitan esas bragas de abuela que llevas!

-¡Carlota! Llevo un tanga de encaje negro -enseñé por encima del filo del vaquero. Ella aplaudió con gracia.

-Como veo que no has puesto pegas a mi oferta… -me enseñó la aplicación descargada-. ¡Ahora una foto! Píntate los morros, nena.

-Me gusta estar sola.

-Y a mí. Pero la compañía en la cama también me gusta. No tienes que casarte, solo pasarlo bien. Siempre hablas de tu príncipe azul, pero hay más buitres que gente de la realeza.

-Daré una oportunidad, si no me gusta, borro la aplicación.

-¿Una? Conociéndote vas a decirle que no porque tenía los ojos muy separados, tiene un tic que te pone nerviosa, su color de piel no pega con el tuyo… -enumeró mis incontables quejas y motivos por los que dejé a los anteriores pretendientes-. Un número más alto, venga.

-¿Diez?

-Veinticinco.

-¡¿Tantos?!

-Es el número de capítulo por el que voy escribiendo. A ver si te lo puedo dedicar.

Y así fue cómo empezó la historia más divertida y desastrosa de mi vida.

Capítulo 2

CAPÍTULO 2

___

Cuando entré a la oficina saludé al recepcionista con gracia. Se llamaba Pablo, hacía unas semanas que comenzaba sus prácticas curriculares aquí. Se encargaba sobretodo de la atención al público y siempre que podía nos seguía a alguno para aprender más. Además de que Fernando siempre los sorprendía con una pequeña paga por su trabajo. Vestía unos pitillos y una camiseta fina de manga corta que dejaba a la vista la buena musculatura de su cuerpo y un par de tatuaje en el antebrazo. No entendía muy bien las figuras. La mayoría de los estudiantes que acababan aquí no era por la gran relación que tenía con su carrera, en general siempre eran jóvenes amantes de la lectura o que necesitaban un curro fácil y rápido para pagarse los botellones y lo que no eran los botellones. Él se estaba convirtiendo en uno de mis favoritos, era especialmente divertido, siempre tenía un comentario preparado para cada una de las personas que pasaban frente a su mesa. Era la alegría de la oficina. Pero yo intentaba mantener una distancia entre ambos y no hablaba con él más de lo oportuno. Porque no me gustaba encariñarme de las personas de este puesto. Porque no sabía despedirme, nunca se me ha dado bien. En mi primer año, me hice muy amiga de la chica que me recibía cada mañana con una sonrisa y siempre dispuesta a contarte los dramas con su novio porque se identificaba con todos los manuscritos que le dejaba leer y, cuando se marchó, lloré un poco en la cama esa noche. No se me da bien acostumbrarme a alguien y que luego esa persona se fuera para siempre. Igual por eso soy tan exquisita en el amor.

Llegué hasta mi despacho pasando por las cristaleras del resto, concretamente de dos, el de Fernando y el de Sandra, que llevaba unos años más que yo aquí. Pero no nos llevábamos muy bien, habíamos tenido demasiadas diferencias laborales y la tensión entre nosotras era más que palpable. Mi despacho estaba al fondo, sólo llevaba un año y medio con él y lo tenía mejor decorado que mi propia casa. Lleno de plantas, verdaderas y falsas, un reloj enorme en la pared y muchas baldas de maderas repletas de libros nuevos y antiguos. Eso sí, mi escritorio siempre parecía estar listo para irse de viaje, era un desastre, pero yo entendía mi caos. Entre los otros dos despachos había una sala de reuniones, de estas en las que en medio hay una mesa larga y no hay más decoración que un proyector y una pizarra blanca de plástico. Era una sala fría, aun que siempre que nos reuníamos hacíamos magia.

Desde los cubículos de en medio, todos saludaban siempre contentos cuando pasabas por su lado, era un trabajo muy bonito y, en su mayoría, de relaciones sanas. Pero muy estresante, porque en un parpadeo el trabajo se acumulaba. La mayoría de mis compañeros eran fijos, de todas

las edades para tener diferentes puntos de vista. Normalmente siempre teníamos a dos alumnos en prácticas para que se familiarizaran con el entorno y para que dieran ese toque juvenil que a muchos se le había perdido. En las mesas de todos había desde agendas hasta tazas de café, tes y manzanillas y apostaba a que alguno llevaba una petaca con vodka para alegrar la mañana. Los miré con envidia y decidí pasar primero por la salita que llamábamos cocina. Era una pequeña habitación al lado del baño, tenía una mesa en medio sin ningún taburete, una cafetera de filtros, un microondas y una nevera igual de pequeña que una caja de zapatos. Pero siempre había manolitos, donuts y fruta. Todos ponían su granito de arena para que el ambiente fuera aun más agradable y que las horas juntos se pasaran más rápido. Yo una vez intenté traer una tarta hecha por mí. Intenté una vez porque sabía a pies, la cocina y yo no éramos buenas amigas.

-Buenos días Pandora, feliz aniversario -dijo guiñando un ojo Fernando con un semblante cálido y apretando los labios en una línea en un intento de sonrisa. Lo miré extrañada, me había olvidado de que hoy cumplía tres años desde que empecé a trabajar aquí, principios de marzo, que mes tan bonito. Dibujé una agradecida sonrisa y encogí de hombros dando un sorbo al primer café del día. No era mi gran ilusión, solo me recordaba que llevaba tres años de mi vida en el mismo puesto y no me atrevía a probar todo aquello que tenía planeado. No es que me quejara, tenía un buen sueldo, un buen horario, había hechos buenas amistades y tenía la confianza plena del jefe puesta en mí y eso me daba una flexibilidad superior a la del resto. Pero creo que a todos nos pasa un poco esto, nos acomodamos y luego no sabemos si seguimos en el mismo sitio porque seguimos igual de ilusionados o por comodidad. Con las personas pasaba un poco igual, pero eso os lo cuento luego.

-Esperaba unas flores -bromeé. Agarré la taza por el culo, nunca por el asa, y anduve hasta mi despacho encontrando un jarrón con tulipanes amarillas-. ¡Pero! ¡Quién lo diría! -me giré a decir encontrando a Fernando con la mano en la nuca nervioso y mordiendo su labio inferior con disimulo, sabía que me había seguido todo el camino porque escuchaba sus zapatos rechinar en cada pisada.

-Sé que son tus favoritas, lo recuerdo.

Me miró con una sonrisa apenada y sus ojos se iluminaron. No le respondí. Asentí y entendí que debíamos volver al trabajo porque, aún, no era nuestra hora filosófica en la que nos sentábamos hasta tarde a hablar sobre la vida y el amor. Dio un golpecito a la pared incómodo y se fue a su despacho. Sonreí negando con la cabeza y sacando mi móvil para echarle una foto a las flores, porque los milenials somos así y capturamos todo.

La relación entre Fernando y yo había sido una montaña rusa emocional en la que empezamos sin soportarnos demasiado y, al final, acabó bien, ahora nos teníamos cariño. Ni si quiera nosotros sabríamos puntuar con exactitud en qué momento el chip nos cambió y la amistad surgió. Porque, al principio, él me gritaba y yo luego lloraba en casa por impotencia. Porque no me gustaba callarme las cosas, pero mi respeto hacía él y mi timidez me mandaban a cerrar la boca muchas veces. Entonces al día siguiente yo no le hablaba, proclamaba la ley del hielo, y elegía un intermediario al azar para que le consultara mis dudas. Ni si quiera le mandaba un email. Ni él a mí. Para no dejar nunca atrás los catorce años. Luego él se daba cuenta de que así no trabajábamos bien, porque a nosotros nos gustaba bombardear ideas y comentar todo frente a frente, y venía a pedirme perdón por sus borderías. Así durante, al menos, seis meses.

También es lo que tiene cuando tu jefe es también el rollete de tu mejor amiga.

Esta es una buena historia. Empecé a trabajar cuando Carlota y él llevaban un mes de encuentros sexuales sin compromiso. Pero, para ser ella, era todo un logro de tiempo. Mi amiga, ya había publicado con la editorial hacía unos años y era muy respetada y querida por todos ya que se involucraba en cada parte del proceso. Y fue con el inicio de la siguiente trilogía cuando, en la celebración, se les fue de las manos. Tanto que duró la broma esos justos seis meses. En los que yo dejaba el trabajo de dependienta por el día y camarera por la noche para empezar a trabajar para poder pagarme el piso en Malasaña, permitirme esos caprichos caros con los que sueñas en tu infancia y unas copas los viernes en los bares más glamurosos. Esto significaba que no sólo lo veía en el trabajo, sino, que alguna tarde coincidíamos. Durante horas. Y, para colmo, ambos éramos partidarios de quedarnos hasta tarde en la oficina, por lo que pasaba con él muchas más horas de las que el contrato estipulaba, casi podría decir que veía más a Fernando que mi reflejo en el espejo. Menos mal que no vivo con Carlota porque odiaría escucharlo gemir y venir con él en metro a trabajar.

-Fer es gilipollas -gruñí sentándome al lado de mi amiga y cogiendo un trozo de queso de la tabla de diferentes tipos de queso que había en mitad de la mesa. Y ella misma se había encargado de ponerme una copa de vino blanco enfrente.

-Pues lo he invitado… -susurró inocente y conocí que tenía un instinto asesino- ¡Panda, tía! No es tan malo, solo es un apasionado de su trabajo. Tú también eres una quejica perfeccionista y siempre te enfadas con todo. En verdad sois iguales, es como salir contigo… -se paró a pensar- Pero con polla.

-¡Una mierda! -grité, odiaba las comparaciones y, sobretodo, con quién me caía mal.

-Bueno, tú eres más chillona -sonrió con gracia y el timbre sonó-. Sólo tenéis que pillaros el punto.

Esa misma noche fue lo que ocurrió. Por primera vez, lo dejé de ver como un jefe horrible que quería aprovecharse de mí por ser la nueva hundiéndome en trabajo y empezó a acercarse a la palabra amigo porque descubrí que teníamos la misma noción sobre la mayoría de los temas que tratamos y que era mi amiga la que se salía de nuestros esquemas. Reímos mucho y comprendí que su postura en el trabajo era solo eso, una imagen a seguir. Es lo que pasa cuando estás en las relaciones de tu amiga como una más del grupo. Que siempre me acabo encariñando yo.

Fernando era un par de años mayor, había empezado muy joven a trabajar en esta misma editorial, pero desde otra oficina, siempre supo que quería tener las narices metidas tanto en las hojas de los libros como en sus procesos internos y, ahora, era el merecido jefe de toda una plantilla. Se lo había currado toda la vida. Era un tío alto y delgado, con un cuerpo poco ejercitado y siempre vestía de traje, camisa y cuello alto. Las pocas veces que lo he visto en vaqueros es porque algo en su vida sentimental no iba del todo bien, como cuando mi amiga y él dejaron sus encuentros o cuando despidieron a su padre de su trabajo de toda la vida por reducción del personal y tuvo que ayudarlo durante unos meses. Siempre tenía la barba perfectamente cuidada, la tenía más frondosa de lo habitual, pero siempre recortada. Tenía el pelo negro y también se lo estaba dejando largo, ya le caía un poco por los lados. Quería llegar a recogérselo en una coleta y ya casi lo conseguía. Tenía los ojos marrones oscuro y los labios finos. Algunas pecas decoraban su nariz, pero muy pocas, y tenía las pestañas largas. Era un amante del buen vino y de los buenos libros. Puedo jurar que una tarde se pasó más de media hora sólo hablando de los diferentes tipos de vino y la mejor manera de degustarlos. Disfrutaba del cine en blanco y negro y de los museos. Adoraba a los poetas muertos y podía recitarte una frase de cada uno de los libros que se había leído. Y sobretodo sabía escuchar. Era una persona muy interesante, pero también un poco aburrida para Carlota. Nunca entendí como duraron tanto.

Ah, no, espera.

-¡La tiene enorme! -contaba ilusionada Carlota alisándose el pelo. Habíamos quedado para cenar esa misma noche y estaba hablando con ella por videollamada. No se aguantaba las ganas de cotillear y no me dejaba perderme detalle- Enserio, no sé dónde la esconde.

-Carlota que es mi puto jefe, no puedo verlo así.

-¿Qué se siente al trabajar con un elefante?

-¡Carlota!

-Vale, vale… Pero te recomiendo verla. Empotra que da gusto.

Ella siempre era así de detallada, no podía evitar dejar algo sin contar, sin importar lo íntimo que fuera. Le encantaba. No conocía filtros, las palabras salían de su boca de la misma manera que pasaban por su mente, incluso antes de que le diera tiempo a pensarlas. Igual por eso sus libros tenían tanto gancho. A la gente le gustaba la naturalidad de su escritura y disfrutaban con sus protagonistas.

El problema fue que, durante esos seis meses, no eran nada mientras que para Fernando eran mucho más de lo que se veía desde fuera. Ella seguía viviendo su vida, sin ataduras y sin compromisos. Contigo, con él, con ella, sin ti, sin Fer. Para mí era normal, estaba acostumbrada al desfile de personas y estaba habituada a ver cómo algunas de las personas que me presentaban sentían que habían logrado domar a Carlota y que se enamorarían de ellos. Nunca fue así y yo siempre vivía cómo ella les daba la patada al cabo de un tiempo. Y fui yo quien empezó a comerse el drama, las charlas hasta la madrugada, los descansos de café. De ambos. Porque ella no era capaz de admitir sus sentimientos y él necesitaba gritar los suyos. Por eso pasamos de tener una relación jefe-trabajador a entablar una amistad, porque hablábamos de cosas en voz alto que hacían daño por dentro.

-No te preguntaría esto si no estuviera desesperado -me dijo con ojeras, el pelo liso sin recoger y con unos vaqueros Levis en perfecto estado-. ¿Se está viendo con otro?

Miré nerviosa por toda la habitación y, como siempre, conté hasta tres al mismo tiempo que contaba objetos. Un lápiz, un termo, una chaqueta con la etiqueta por fuera, un paquete de tabaco. Respiré profundamente y cerré los ojos debatiendo entre decirle la verdad o mentir para no hacerle daño. Antes de tener despacho propio tenía un cubículo en medio de la oficina, como el resto de mis compañeros. Eran unos escritorios blancos típicos de oficina, con un ordenador y archivadores y cada uno lo decoraba a su manera. Apostaba a que todos podían pensar que había algo entre nosotros pues pasaba horas hablando conmigo, siempre me saludaba, a veces nos íbamos juntos hasta casa de mi amiga y éramos los únicos dos que nos quedábamos hasta más tarde de las nueve. Son muchos quienes tienen la fantasía de liarse con el jefe. Es morboso, la verdad.

-No tienes que hablar conmigo de esto, Fer -susurré ahogando un gigante sí. Claro que se veía con otros, de hecho, nunca dejó de hacerlo.

Simplemente no llevaba el mismo ritmo de antes. Si tenía que elegir entre alguien que había conocido en un bar o Fernando, siempre elegía al segundo. Pero, también escogía el sexo desenfrenado al amor. Y Fernando salía de esa ecuación.

Meses después de su última conversación, esa en la que decidieron quedar como amigos, Fernando y yo empezamos a entablar la nuestra propia y Carlota salió de nuestra ecuación. Al principio comentábamos cualquier cosa que nos llamara la atención, ya fuera sobre el tiempo o sobre algo que había leído en el periódico, nos centramos en algunos libros que tenían muchas visitas en Wattpad y que podían ser una buena apuesta y que yo disfrutaba como si tuviera quince años, nos reíamos de alguna biografía que nos mandaban porque la gente escribía lo que fuera para conquistar. Pensábamos en nuevas formas de emprender, yo me intentaba centrar más en las redes y él seguía apostando por el boca a boca. De ahí pasamos a los cotilleos, sobre algunas relaciones que habían surgido en la oficina, y éste está pillado del otro, y esa está triste porque le gusta la otra. Y, por último, no dejaron de faltar nuestras profundas conversaciones, donde verdaderamente nos conocíamos de verdad. Cuando su relación con Carlota mejoró y pareció dejar de estar tensa, lo llevé a la cafetería de mi amiga Ana y empezamos a pasar allí más tiempo que en el trabajo, porque el café sabía mejor. Creamos un buen equipo y todo empezó a pasar tanto por sus manos como por las mías, mis opiniones cada vez cobraban más importancia porque tenía buen ojo y descubrimos que mano a mano la editorial tenía más efecto.

La tarde la tenía libre así que, tras comerme el tupper de arroz con tomate encima de mi escritorio leyendo un nuevo manuscrito que un adulto nos había mandado hacía unos meses, bajé a hacerle una visita a Ana. Quería borrar la imagen de mis amigas en mi cabeza, pero no se iba ni con aguarrás. Me daba igual lo que hiciera cada una en su intimidad y con quién se acostara, pero en mí siempre había vivido ese miedo en el que dos de las personas que más quiero, se empiezan a odiar tras haber tenido uno de estos encuentros sexuales sin compromisos. Porque siempre uno se pilla. Porque luego otro quiere repetir. Porque al final se arrepienten y se distancian incómodamente. Agradecía que ellas no fueran así y que su sorprendente y repentino polvo se hubiera quedado en una anécdota más que sumar a la lista.

-¡Hola, guapa! -saludé cuando me encontré con una cabellera rubia perfectamente rizada- Ponme un capuchino cuando puedas y te cuento lo nuevo.

-Perdona, nena -dijo una vez llegó hasta a mí quitándose el mandil que cubría sus vaqueros-. Esta esto hoy a rebosar. Me ha fallado un camarero, un virus de no sé que… Yo creo que me ha engañado.

-Pídele un justificante.

-Tiene dieciocho años, es viernes por la tarde. Este estará ya en Plaza España por el tercer cubata.

Ambas reímos. Lo sabía muy bien por su propia experiencia pues puedo jurar que hubo un mes que la vi dos días contados. Se escabullía mucho para ir a fiestas, botellones, quedadas con amigas y algo más que amigas. Recuerdo que alguna vez nos contó algunas de sus excusas y me reí tanto que me salió el café por la nariz. Una experiencia desagradable tanto para mí como para ellas, que tuvieron que verme. Y su jefe era tan amable como Ana y, cuando ella empezó, se lo dejaba pasar todo porque confiaba ciegamente en ella. También era muy trabajadora, sabía llevar el negocio adelante a la velocidad de la luz. Atendía tres mesas en un segundo mientras la otra camarera seguía yendo a atender la primera. Tampoco le importaba quedarse hasta tarde para limpiar o venir a abrir cuando era necesario, cuando por contrato no tenía por qué.

-Anoche me descargué esto -dije enseñando la pantalla del móvil-. Pero no sé qué poner en el perfil.

-Tienes que venderte.

-No soy un objeto -dije a regañadientes. Di un sorbo al café ya frío y miré los bollos de la vitrina con cara de niña pequeña-. Dame uno y te perdono lo que has dicho.

-¡Qué cara tienes! Es una forma de hablar -decía agarrando un crosaissant con las pinzas y me lo colocó en un plato azul cielo frente a mí-. Habla un poco sobre ti, en qué trabajas, qué te gusta hacer. No te describas mucho porque en la foto ya se ve como eres.

-¿Y qué busco?

-Unos pantalones de tu talla, ¡pues follar chiquilla! -decía con movimientos exagerados. Era una persona muy extrovertida y siempre iba al grano.

-Vale, vale -decía mientras escribía en las cajitas blancas para rellenar-. ¿Así?

‘’Me llamo Pandora, no se te ocurra llamarme Panda. Soy agente literaria y trabajo en uno de los mayores sellos editoriales del género romántico. Vivo en el centro de Madrid y vivo enamorada de la Gran Vía. Soy una apasionada del café y de un buen libro. También soy (o me creo) una Gourmet y adoro probar nuevos restaurantes. No se me dan bien los deportes, pero disfruto los partidos de futbol con una copa de vino. Me encanta el mar y la playa, pero no podría vivir en un sitio así. Por eso me mudé al centro. Busco personas con las que probar nuevas cosas y vivir

experiencias.''

-A mí no me has convencido, ¡pero está bien, es un comienzo!

Ella fue la que se encargó de darle al botón de crear cuenta, pasó hacía la derecha la imagen de un número considerable de chicos sin dar importancia ni al nombre y en cuestión de minutos comenzaron a aparecer mensajes. Uno, dos, tres, cuatro. Chicas, chicos, algo de un trío. Abrí los ojos sorprendida ante lo que leía y le enseñé la pantalla de nuevo a mi amiga. Ella soltó una de esas carcajadas que llaman la atención de la persona de al lado y cabizbaja miraba mi móvil.

-Lagartos -susurró leyendo alguno de los mensajes.

''¡Hola somos una pareja que también quiere probar cosas nuevas! Como un trío.''

''¿Gourmet? Yo tengo una cosa que seguro no has probado antes''

''En mi portería si que disfrutarías el deporte''

Me arrepentí automáticamente de haberle hecho caso a Carlota. Estaba deseando borrar la aplicación y gritarle muchas cosas porque siempre me acababa convenciendo de cosas que, por mí misma, nunca saldrían. Siempre me incitaba a cometer este tipo de locuras y tonterías que para ella eran totalmente insignificantes y para mí suponía un paso enorme en mi vida. Porque ella es impulsiva y yo necesito hacer una lista de pros y contras. Nunca he sido especialmente fan de una aplicación que te ayude a encontrar el amor o lo que fuera que te encontraras. Me parecía algo superficial, pues dabas «me gusta» o dislike en función de la presencia física de una persona. Sin hablar de la cantidad de casos de *goshting* que había escuchado y visto en programas de televisión. Aunque, como con todo, hay gente a la que le va bien. Hay personas que afirman haber encontrado al amor de su vida y ahora disfrutaba de un matrimonio e hijos.

La gente parecía estar desesperada. Sobretodo dejaban claras sus intenciones desde un principio. Ni una copa, ni un saludo, ni un cuál es tu restaurante favorito. Nada. Sólo sexo. Sólo placer. No le importaba de dónde eras o si tenías segundo nombre. Casi que a muchos no les importaba saber si tenías o no una enfermedad de transmisión sexual.

Porque. Sólo. Querían. Follar.

Para ellos era una vagina más para añadir a su lista y comentar con sus amigos en mitad de una cerveza. A veces me gustaría ser así, consentir una relación sexual, tenerla, correrme y luego seguir mi vida como si nada. Pero no sabía. Era verdad eso de que éramos la generación que ha

olvidado cómo escribir una carta de amor. Que estaba prohibido enamorarse, pillarse, querer o conocer a alguien y nos burlábamos de quienes lo hacían. Ahora había más besos y orales que palabras.

Estaba a punto de borrar la aplicación cuando entre uno de los mensajes encontré uno que llamó mi atención por la falta de obscenidad.

‘’Hola Pandora, soy Víctor. Hay una cafetería cerca de Gran Vía que te encantaría. Es un lugar perfecto para leer y los mocha están espectaculares.”

Capítulo 3

CAPÍTULO 3.

___

Tardé exactamente doce horas en responder el mensaje del misterioso Víctor. Doce horas en las que me comí la cabeza como hacía tiempo no lo hacía. Hacía tanto tiempo que no tenía una cita que no sabía qué decir, ligar no es como montar en bici. Después de una relación de dos años se te olvida cómo tontear. Había perdido técnica, todo hay que decirlo, y me daba más vergüenza de lo normal conocer a nuevas personas. Se lo había contado a Carlota y si hubiera sido por ella, ya lo tendría revolcado en mi cama para luego no volver a verlo nunca más. Pero preferí ir precavida. No solía confiar en la gente, no tenía muchos amigos por eso, se me daba mal entablar conversación y las palabras no eran mi fuerte. En otras palabras: la cagaba cada vez que abría la boca.

Por su perfil parecía un tío bastante normal. No era muy guapo, era mono. Solo era un par de años mayor. La primera foto era un selfie con unos árboles detrás. Moreno, ojos marrones, nariz respingada, labios y cejas finas. La siguiente foto era de cuerpo entero. Parecía alto, aun que a mi lado todos parecían altos. Tenía cuerpo de gimnasio. Era de esos que se ponen una camiseta de una talla menos para dejar bien claros sus bíceps. La última foto salía con un perro. No sé qué raza es, pero también era más grande que yo. Tras un rato hablando con él me propuso quedar a cenar. Estaba indecisa. Me parecía precipitado. Pero dijo de cenar shushi y me ganó. Siempre quiero shushi. Un mini punto para Víctor. Además, mi amiga estaba deseando que lo conociera y le contara todo después.

-¡PANDA! ¡Queda con él! ¡Odias hablar por el móvil! -gritaba por la otra línea Carlota mientras le contaba parte de la conversación. Ya me había encargado de mandarle *screenshot* de su perfil y según ella "*para un rato, una rata*".

-También odio hablar en persona.

-Eres más rancia… -murmuró- ¡Escucha! Cuanto antes lo veas, antes puedes dejarlo.

Y me convenció. Así de fácil. Tenía una forma de persuadirme que no era ni medio normal. Igual es por eso por lo que acabé liándome con mi profesor de Macroeconomía. Menuda vergüenza me da ahora pensarlo. Mis métodos de seducción fueron horribles. Pero una cerveza, un acercamiento, una copa, me rozó la mano. El resto es historia. No volví a presenciarme en aquella clase hasta el día del examen. Para colmo es el peor examen que he hecho en mi vida, mi amiga lo entregó por mí y él seguramente me puso un notable para no tener que volver a verme en su

clase.

-¿Cómo la tiene? ¿Te llevó a su casa? ¿Cuántas veces lo hicisteis? ¿Estamos seguras de que no está casado? -fueron la cantidad de preguntas impertinentes de mi mejor amiga cuando al día siguiente se lo conté sentadas en el bar "100 montaditos". Nuestra cartera no daba para más en ese entonces.

Ahora me encontraba frente al ordenador. Mediando ofertas, escribiendo y leyendo emails. Reenviando los manuscritos a la redacción correspondiente, observando estadísticas, ventas, gastos. Mi cabeza era un caos. Uno de los grandes. Aún no sabía si me apasionaba o odiaba mi trabajo.

Llevé las manos a mi cabeza y miré el reloj que tenía colgado en la pared entre algunas plantas. Mis despacho es muy bonito. En la cámara interior del móvil aprecié que el maquillaje seguía intacto, obviando que el color de labios se había marchado y se había quedado en las tazas de café. De ropa tampoco iba mal. Unos vaqueros de campana, unos tacones de salón y una blusa blanca. Con suerte, tenía un neceser de emergencia con lo oportuno: pasta y cepillo de dientes, peine, perfume, un par de pintalabios, desodorante.

Me levanté y fui hasta la mesa de Fernando.

-¿Qué pasa, Pandora? -quiso saber cuando me hizo entrar con un ademán de cabeza, sin mirarme, tecleando.

-¿Puedo salir antes? He quedado para cenar -dije coqueta. Él dejó de escribir y me miró cabizbajo, sonrió. Su sonrisa era muy bonita, una de esas sonrisas que no ves a menudo. Siempre curvaba un poco el labio superior. Aun que en el trabajo la mostraba poco.

-¿Tienes una cita? -asentí con timidez, sabía que me estaba sonrojando cuando me noté las mejillas ardiendo- Así que has vuelto al mercado…

-Nunca he salido de el -respondí resuelta sacando la lengua. Volvió a sonreír. Imité su acción.

-Esta bien… Pero mañana me cuentas todo.

Me despedí del recepcionista, Pablo, y desde el ascensor avisé a Víctor de que ya iba hacía el restaurante. Estaba muy nerviosa. De esos nervios que te sudan las manos y el corazón va muy rápido. La garganta se reseca y sólo te sale suspirar muy profundo. Hacía un año desde mi última cita, justamente desde el día que rompí con mi novio. Ahora ex. Llevábamos dos años de relación y me puso los cuernos. Infiel. No hay nada que odie más. Al menos tuvo el coraje de decírmelo, me contó toda la verdad

esperando, no sé si esperando que le perdonara y volver con él o que le diera permiso para poder entablar otra relación con su nueva amiga. Pero no pude hacer ninguna de las dos, simplemente me fui, en silencio, con la cabeza alta y entonces rompí a llorar cuando él ya no me veía. Lo sentí una falta de respeto tan grande y, desde entonces, sentí una desconfianza aún mayor en los hombres. Me dio pena meterlos a todos en el mismo saco, pero fue lo que hice y me tiré un tiempo en el que mi mejor amigo era el vibrador. Ahora la cosa había cambiado. Yo ya había superado al innombrable y me estaba dando la oportunidad de conocer a nuevas personas. Ya estaba cansada de refugiarme en el trabajo, en los libros, en las margaritas de los jueves con mi amiga y en la cafetería de Ana.

-¡Hola! -me atreví a tomar iniciativa y me acerqué a dar dos besos. Él dio un paso atrás y extendió su mano. La agarré entre sorprendida y agradada.

Primer contacto: apretón de manos.

Empezamos bien.

-Víctor, encantado -dijo educado. En persona era algo más guapo, tenía barba y en las fotos que había visto no. Efectivamente era alto y parecía una persona muy disciplinada-. ¿Entramos?

-Bueno y ¿a qué te dedicas? -pregunté tras la discusión de diez minutos sobre qué pedir y qué no. Os adelanto que fue toda la carta probablemente. Menú degustación.

Dio un sorbo a la cerveza y me miró fijamente. Me desconcertó. Era muy callado, tenía un tono de voz muy bajo, parecía estar siempre en alerta. Vestía unos vaqueros negros y una camiseta del mismo color, combinado el outfit con unas converse blancas y una bomber gris, el deporte se le notaba y era agradable a la vista, para que mentir. Un tío atractivo.

-Soy policía -abrí mis ojos sorprendida. No pude evitar imaginarlo con el uniforme. Qué calor de repente-. Me destinaron hace unos meses y por eso estoy en la aplicación. Para conocer gente.

-Yo también -mentí.

-¿Y tú? ¿Qué haces por aquí? -otro sorbo.

-Trabajo en una editorial. No muy lejos de aquí, a un par de paradas de metro. Me mudé con mi mejor amiga hace tres años.

-¿Vivís juntas?

-¡No! -exclame con risa- Lo que nos faltaba… Si la conocieras lo entenderías.

Nos pusieron los primeros platos y la conversación fluyó bastante bien. La timidez se había quedado fuera del restaurante y poco a poco parecíamos coordinarnos más. Me habló un poco de su vida en Valencia, él era de allí. Estaba odiando Madrid, decía que era una ciudad muy estresante y que no le veía todo el encanto del que yo presumía ver. Me habló un poco de su etapa de adolescente, alguna anécdota con algún amigo al que echaba de menos, bromas que gastaba en la academia. También me contó que su novia y él lo dejaron cuando se mudó porque no soportarían la distancia.

-¡Pero si estáis al lado hombre! -dije yo con dos cervezas de más.

-Estábamos acostumbrados a vernos todos los días, dormíamos juntos, comíamos juntos… Era raro verla solo por una pantalla y preferimos cortar de raíz. Para empezar nuevas vidas.

-Igual cuando vuelvas…

-Llevo toda la vida con ella, me apetece probar otro tipo de cosas -guiñó el ojo extrovertido y mordí mi labio inferior. Fue una proposición y me gustó.

La comida acabó con unas cinco cervezas cada uno y nos fuimos a un pub a tomar unas copas. El alcohol ya había hecho de las suyas: distancias cortas, miradas que se desviaban a los labios, roce de hombros, bromas insinuantes.

Habíamos pagado a medias porque se nos fue un poco de las manos, pero ahora quería invitarle. Me apetecía. Incluso ya pensaba en la llamada de al día siguiente y proponerle probar uno de los restaurantes donde hacían la mejor paella de Madrid, porque según él el arroz aquí no merecía la pena. Al final no había sido tan mala idea la de verse. Durante la primera copa le hablé un poco más de mí y mi vida. De mi familia, de mi amor por la literatura, de mi trabajo. Alguna historia que tuviera con Carlota. Le confesé que no me gustaban los perros y en general las mascotas.

-¿¡Cómo!? -dijo atragantándose con el whisky- ¡A qué persona no le gustan los perros!

-¡A mí! -reí sincera. Los dos nos sumergimos en una carcajada y su mano acabó en mi muslo- A ver, si apenas puedo cuidar de mí misma… ¡Cómo voy a cuidar de otro ser vivo! ¡Hasta mis plantas son de plástico!

Recogí mi pelo en una coleta, tenía calor. No sé si por él, por el lugar cerrado repleto de gente o porque tuviera unos dedos tan largos y mi

cerebro había dejado de funcionar y le tocaba a mi vagina.

-Por cierto, ¿quién es esa amiga tuya? No paras de nombrarla.

-¡Oh! Seguro la conoces. Es escritora -decía al mismo tiempo que sacaba el móvil del bolso de Prada que me autoregalé en mi cumpleaños-. Mira, Carlota Rodriguez.

Pude ver cómo los ojos de Víctor divisaban el perfil con esplendor, incluso se habían iluminado. Casi parecía que se le hacía la boca agua viendo a mi amiga. Tragué saliva. No voy a mentir, siempre tuve algo de inseguridad con ella. Aun que nunca la manifestaba. No estaban bien las comparaciones entre mujeres.

-Es guapa -dijo mordiendo su labio inferior.

-¡Mucho!

-Tengo algo que confesarte…

Oh, oh.

-¿Eres gay? -pregunté con broma, esperando que la respuesta fuera negativa porque mi plan era acabar la noche de otra forma. Él negó, casi ofendido y rodé mis ojos.

-Todo eso que te he dicho de probar cosas nuevas… -comenzó a decir. Asentí bebiendo de la pajita- A ti y a tu amiga no os interesaría un trio, ¿verdad? No sabes lo que me pone pensarlo.

Abrí la boca en un intento de decir algo y la volví a cerrar. Inconscientemente mis ojos se fueron a su polla encontrando que efectivamente se encontraba dura. Dejé el vaso sobre la barra y lo miré fijamente esperando que me dijera que era broma y que había sentido la misma química que yo. Qué era real y no imaginaciones mías. Que le apetecía que llegara el día siguiente para volver a vernos y quién sabe qué más.

Pero no dijo nada.

-¿Pandora? -llamó mi atención.

-Eres un baboso -mascullé. Abrió sus ojos sorprendido-. Que asco tío, me estabas gustando.

-Y tú a mí, pero quiero un puto trío.

-Un puto castramiento te voy a hacer yo a ti… ¡Qué confianzas son estas! -me escandalicé. Pero pensar lo que pasaba por su mente me asqueaba.

-Tranquila eh, tampoco es para tanto. Sosa.

-¿Perdona?

-Sosa -repitió remarcando cada palabra.

-Ojalá se te caiga con tanta paja-y con las mismas agarré mi blazer y salí del local entre la multitud.

Cogí un Cabify porque me daba miedo caminar de noche sola entresemana. Iba pensando y machacándome en cómo no lo vi venir y lo desenterrada que estaba. Parecía un tío simpático, que quería conocer a alguien de verdad y ver qué surgía. Tenía ganas de besarlo y de volverle a escribir. No pensé que esas miradas fueran sexualizandome, pensaba que era algo más. Una de esas que dices: estamos haciendo lo correcto. Pero al final, sólo me estaba vendiendo la moto y yo iba a montarme de cabeza.

Qué equivocada. Como siempre. No sabía elegir.

No es que viera mal la propuesta, entre mis planes también estaba hacer un trío antes de morir. Pero estuvo fuera de lugar, no venía a cuento.

Una vez en casa me hice una manzanilla porque me dolía la barriga en extremo y quise llamar a mi amiga para contarle todo, pero en su lugar llamé a Fernando por videollamada. Sí, al jefe. A mi jefe. Ese que me respondió con una voz adormilada y que seguramente había despertado. Imaginé cómo sería su habitación, si era simple o dormía rodeado de estanterías llenas de chismes. Si tenía una cama grande o una pequeña. Creo que como mejor se conoce a una persona es viendo su casa, su habitación más íntima.

-¿Pandora? Qué coño… -decía encendiendo la luz y vi su pelo despeinado. No llevaba camiseta y dejaba a la vista el pelo del pecho. Tragué saliva porque me sorprendió verlo así. Sonreí por la baba seca que tenía cerca del labio inferior y empecé a reír- Si has llamado para gastarme una broma juro que te despediré.

Le conté todo. Absolutamente todo. Cada detalle, cada sentimiento, cada mirada, sonrisa, sus palabras.

-¿Te dijo eso? ¡Y le dijiste eso! Qué grande. Menudo gilipollas. Cuando se entere Carlota… Que asco, menos mal que no hiciste nada con él. Espera -

frenó sus palabras-, ¿por qué me lo cuentas a mí?

-Conoces a Carlota, primero grita, se queja y luego te escucha. Necesitaba alguien que hablara conmigo, no que discutiera.

-Sí… Es muy intensa.

-Tú podrías ayudarme.

-¿Yo? -rió roncamente.

-Si, tienes que tener una especie de sensor de gilipollas.

-Vosotras más que nosotros, créeme.

-Mañana te enseño que se cuece por Tinder y me dices a quién dar el match ese. Carlota siempre me dice que quede con todos. Quiero una opinión masculina.

-No creo en los prejuicios, Pandora.

-Necesito cambiar de amigos -bromeé y repitió mi acción-. Buenas noches, jefe.

-Buenas noches, ex-trabajadora.

Capítulo 4

CAPÍTULO 4.

_____

-¡No puede ser! -decía Ana entre risas mientras me preparaba el primer café del día antes de ponerme a trabajar. Tenía el pelo recogido en una coleta baja, algunos mechos caían por su frente colocados minuciosamente para darle ese estilo deshecho.

No había pegado ojo en toda la noche. Había dado mil y una vuelta a la cama. Había soñado con él. Y con Carlota. Y, efectivamente, haciendo un trío. La idea me había parecido hasta morbosa. No paré de pensar ni un segundo en lo patética que fue mi vuelta al mundo de las citas. Cuando conseguí dormir, ya era demasiado tarde como para sentirme descansada. Cuando el despertador sonó pensé en todas las excusas que podría ponerle a Fernando, pero todas suponían despedirme. Tenía unas ojeras que no me había molestado en tapar, un poco de rímel y los labios rojos. No habituaba a ese color, pero necesitaba algo que distrajera la atención del resto de mi cara.

-¡Hola, guapas! -dijo sonriente la morena cuando se sentó a mi lado en la mesa- Nena, ponme un café con leche, porfa. Sin azúcar.

-Te has levantado con mucha energía -gruñí. Le eché una breve mirada de arriba abajo, llevaba unas bermudas que le llegaban por encima de las rodillas, eran de color beige, un body blanco y encima una americana tres tallas más grandes de color verde mente. Necesitaba vivir en su armario.

-No sé de dónde la saco porque me he pasado el finde descargando -guiñó su ojo sacándome la lengua y se acercó a susurrarme-. Menuda polla, tía.

-Preferiría saber sus nombres, no el tamaño de su pene -me quejé dando un sorbo al capuchino y rodé los ojos-. Pensé que seguirías con Ana.

-Sabes que no va conmigo. Estuvo bien, nada más.

-¿Ella lo sabe? Porque desde que has entrado te pone ojitos.

-¡Claro que lo sabe! -dijo moviendo los brazos exageradamente- Ahora cuéntame de la otra noche, que no me llamaste- dijo dando un bocado a mi donut de azúcar-. ¡Qué! ¿Conmigo? Que asco… O sea, asco hacer un trío contigo no, asco él.

Reí por la nariz y negué con la cabeza, sólo ella sabía sacarme sonrisas cuando no me apetecía. Mordí mi labio inferior y miré la hora en el reloj del móvil, no me quedaban más de diez minutos. Era lunes y mi cuerpo lo

sabía. Hoy era uno de esos días que me apetecía camuflarme en el trabajo, hasta arriba de folios y tareas. Para no pensar. No me había sentado bien el encuentro de anoche.

Vuelvo al punto de que me encanta idealizar a la gente. Estuve a punto de verme en una casa con un perro, porque él me convencería de que me encantaría tener una mascota paseando por mi salón. Incluso podía imaginar la pedida de matrimonio en París. Demasiado intensa, sí. Lo sé. Seguro que todo había ocurrido justo al revés de cómo mi cabeza lo planteaba. Como todo. Que no me había fijado en los detalles de sus descaradas insinuaciones y en la cantidad de veces que me habló de sexo. Mi mente se centraba en todo lo demás: en lo bien que hablaba, que siempre había sido un tío de relaciones, lo que bien que olía y que no hubiera intentado besarme en toda la noche.

-¿Y tú? ¿Quién es él? -pregunté, desviando la atención a mi amiga. Hablar con ella era igual a cuando te camuflas leyendo historias que no tienen nada que ver con tu vida.

-Se llama Ruben, empresario, cuarenta y siete años y…

Ese silencio lo dijo todo.

-Oh, no.

-Sí.

-¡Carlota! -exclamé tan fuerte que sentí la mirada de algunas personas que tranquilamente empezaban la mañana. Ana me buscó con la mirada y me sentí como cuando mi madre me regañaba cuando hacía berrinches en mitad de la panadería- Regla número uno: nada de hombres casados.

-Lo sé, lo sé -levantó las manos en alto indicándome que tenía que calmarme. Volví a mirar la hora en mi móvil y esta vez no me pareció que tuviera que meterme prisa-. Salí a tomar algo con las chicas el viernes y se me acercó. Me invitó a una copa y empezamos a hablar. Alto, pelo rizado, barba frondosa… ¡Era un pibón, tía!

-¿Y fuisteis a su casa?

-A la mía, claro -dijo con obviedad.

-No me parece bien. Te acabas de meter en una relación.

-Panda, escúchame -intentó calmarme pues mí menté voló al día que descubrí la infidelidad de mi ex-. Sé lo que te hizo Sergio, pero…

-No lo nombres -gruñí apretando la taza de café. Odiaba hablar de él.

-Ese tío, si no lo hubiera hecho conmigo, lo haría con otra. Y probablemente con otra. Sé que no es una excusa, pero no es mi culpa, es de él. Yo estoy soltera, él no.

-¿Y si te lo hicieran a ti? Tanto feminismo, pero luego…

-No vayas por ahí.

Me callé y crucé los brazos sobre mi pecho. Comencé a respirar de forma más ajetreada y, para relajarme, empecé a enumerar las tazas de café. Para distraerme. Como me había enseñado el psicólogo en su momento. Pasaba mis ojos por las mesas sin descaro y contaba: una, dos, tres cervezas. Menudas horas. Cuatro tazas de color azul paster, un bollo, dos, tres. Y volví a los ojos arrepentidos de mi amiga. No por lo que había hecho sino por la conversación acabábamos de mantener. No hay nada que le dolería más que discutir conmigo. Pero casulamente lo hacíamos a menudo porque era una persona directa, no le importaba nada y, casi sin querer, hacía daño al resto. Iba sin frenos y a veces se chocaba conmigo de manera descomunal. Yo intentaba no entrar al trapo, porque la conozco, porque me conozco. A ella se le olvidaba medir las palabras y a mí medir las cosas que me debían o no afectar.

-Lo siento -susurró cabizbaja. Supongo que se disculpó por todo: por nombrarlo, lo que había pasado, por la forma de decirlo.

-Yo también -espeté sincera apretando su mano. Pero sin sacarme a Sergio de la cabeza. ¿En qué pensará una persona cuando hace ese tipo de cosas?-. Tengo que irme o Fer me matará y me convertirá en el papel de tu próxima novela -bromeé y me despedí de ella con un beso al aire y una sonrisa a la camarera.

Estuve toda la mañana distraída. Tenía la mirada perdida, con el ordenador enfrente, pero sin poner los ojos en ningún sitio. Llegaba al final de una página sin saber cómo y tenía que volver a leer. Y otra vez. Luego otra. Tenía hecha una lista de tareas y aún no había tachado ninguna. No estaba siendo productiva. Relamía mí labio inferior con frecuencia, tenía los labios muy secos. Me pasaba cuando estaba nerviosa. Se me quedaba la boca, la garganta, los labios. Probablemente tan seca como estaba últimamente por ahí abajo. Me hacía falta una alegría. Mi vagina se merecía un poco de cariño y entonces apreté las piernas. Salí del despacho y miré a ambos lados. No había nadie fuera. Todos parecían trabajar concentrados. Cosa que envidiaba. Los chicos de prácticas estaban en sus cubículos. La mayoría con los cascos pareciendo interesados, pero seguramente escuchando a Bad Bunny. Suspiré y atraída por la idea, entré al baño. Lo comprobé puerta por puerta. Era

unisex y no quería sorpresas o mal entendidos. Estaba vacío.

Sin pensarlo me metí en la puerta del final y cerré con pestillo. Relamí mis labios y mi mano viajó desde mi cuello hasta el final de mi vestido. Tanteé la zona, hacía tanto tiempo que no me tocaba que hasta mi clítoris se alegró de verme. Tragué saliva y cerré los ojos para ver oscuridad.

Pensar en dónde estaba me daba morbo y la idea de que me pillaran aún más. Fetiche.

Deslicé la mano con suavidad hacía el interior de mis piernas y masajeé en círculos antes de meterme el primer dedo. Con la otra mano toqué mi cuerpo, empezando por el cuello trazando una línea por mis pechos, apretando mis pezones hasta ternerlos duros. Y mordí mi labio inferior para no gemir por el tacto, aunque seguro mis jadeos se podían oír desde fuera si se prestara atención. Entraba y salía con lentitud, mojándome bien para poder introducir el segundo, completamente húmeda. Los empecé a mover con rapidez mientras acariciaba el clítoris. Mi cuerpo se desequilibraba sentada en el water y me quedé al filo de caerme al suelo. Puse la mano libre contra la pared para sujetarme y aumenté la velocidad. Una electricidad jugó con todo mi cuerpo haciendo que mis piernas temblaran y mi labio sangrara de la brutalidad con la que me lo mordía para no gritar. Porque me encantaba gritar. Cuando el orgasmo presionó para salir saqué los dedos para dedicarme sólo y especialmente al clítoris. Y ocurrió.

-Joder -susurré para mí misma al mismo tiempo que el pecho subía y bajaba por el ritmo ajetreado de mi respiración. Tragué saliva y me recompuse. Mientras me lavaba las manos me miré en el espejo y sonreí. Una sonrisa sincera. Y me reí. Yo sola con mi reflejo. Masturbarse daba la vida, sino que se lo digan a la luz de mi piel y a la felicidad que ahora adornaba mis ojos.

El móvil sonó y le eché una rápida ojeada descubriendo que se trata de la aplicación, nuevamente.

Mucho discurso, pero no la desinstalo.

‘’Hola Pandora. Curioso nombre. Mi nombre es menos divertido: me llamo Pedro. No es que diga que el tuyo haga gracia, pero me entiendes. O eso espero. Me ha llamado la atención tu perfil. Pocas veces te encuentras a pelirrojas tan guapas. Cuando tengas un hueco te invito a una copa.’’

Capítulo 5

CAPÍTULO 5.

_____

Esta vez intenté ser más precavida y estuve dos días hablando con el misterioso Pedro. Esta vez intenté aprender del error anterior y fui con pies de plomo. Nada de ilusiones cuando me decía que le gustaría vivir en el norte, en una casa con un jardín enorme. O cuando me contaba lo mucho que le gustaba leer literatura contemporánea mientras se tomaba un vermut. Nada de ilusiones, nada de dejarse llevar. Nada de lo que yo era.

Las fotos de perfil no decían mucho de él: pelo corto, rubio, estatura media, ojos azules saltones, pelusilla que hacía pasar por barba. Solo había selfies por lo que no pude sabes mucho más de su aspecto. Me sacaba unos cuantos años, tenía treinta y cinco y había vivido toda su vida en Madrid, no me imagino cómo tiene que ser nacer en una ciudad tan grande. No le gustaba mucho viajar, al contrario que a mí, ni el deporte. Tenía dos gatos por mascota, aun que por suerte no tenía fotos con ellos, y era un amante de la cerveza.

La conversación fluyó con normalidad en todo momento. Sin silencios incómodos o memes que llenaran espacios en blanco Hablábamos del trabajo, él era profesor de matemáticas avanzadas y lo seguía disfrutando como el primer día de clase. Me contaba alguna anécdota con alumnos, como le entristecía que la gente cada vez se interesaba menos en esa materia y prefería otro tipo de profesiones. Yo le hablaba sobre mi trabajo, que no tenía mucho que ver con cómo yo me imaginaba de adulta pero que me gustaba, y las pocas anécdotas que éste me daba.

Después de cuarenta y ocho horas manteniendo una conversación sin intenciones de sobrepasarse, sin propuestas sexuales, con algunas bromas y varias preguntas que daban pie a conocernos, su proposición fue un vermut a media mañana. Cedí. Porque parecía un tío bastante normal, una de esas personas con las que, aun que no ocurra nada sentimental, has pasado un buen rato. Se le veía una persona alegre, extrovertida, nunca dejaba un punto final en el mensaje porque siempre tenía otro preparado para mandar. La cosa podía funcionar. Y sino, al menos me tomaría una cerveza con unas risas.

Ingenua.

Quedamos en vernos en el Mercado de San Miguel, concretamente en *"La hora del vermut"*. El mercado era uno de los sitios que más habituaba en mis primeros años en Madrid. El ambiente siempre era otro rollo. Pero dejé de ir cuando Carlota se empeñó en conocer sitios más modernos y

por modernos se refiere a bares donde la copa te costaba diez euros y los chupitos nunca eran gratis y te salía más rentable morirte que emborracharte.

Antes de salir del despacho me miré con la cámara interior del teléfono, menudo invento: pantalón estilo traje beige, camisa blanca con los primeros botones desabrochados y unos tenis blancos de plataforma, me dolían los pies de tantos taconcitos. Llevaba un bolso más grande del habitual, me apasionaban los bolsos en los que parecía que podía guardar toda mi casa. Era de color negro, acolchado. Por si acaso, eché el ordenador. Por si la cerveza se convertía en un plato de comida, un estuche con bolígrafos y un cuaderno.

Carlota: *‘’Luego me cuentas qué tal, nena’’.*

Ana: *“Verás que este es el bueno”.*

Eran los mensajes que mis amigas me habían escrito cuando les mandé pantallazos de toda mi conversación con él pretendiente de hoy.

No estaba nerviosa, de hecho, me sentía muy decidida y convencida de que podía salir bien. Y que si no, se convertiría en una anécdota más que mi mejor amiga podría escribir en su próxima novela.

Cuando llegué al lugar en cuestión eché una breve mirada sin apartar demasiado la vista del móvil. Me gustaba esta zona, tenía muy buena vibra, la había echado de menos, y repito que tenía un ambiente que te tentaba a salir de fiesta desde las doce del medio día. Aun que aún no estaba muy lleno y quedaban mesas libres. Estaba lleno de turistas, Madrid es esa ciudad que recibe gente nueva en cualquier época del año, cualquier día de la semana. Me fijé en la barra donde una camarera me sonrió con el pelo recogido en un moño alto y un camarero que estaba rapado al uno me dio las buenas tardes con una bandeja en la mano. El móvil vibró entre mis manos y dejé de prestar atención a mi entorno para con una sonrisa impacienta abrir el mensaje.

Pedro: ‘’*Levanta la cabeza”*

Mi sonrisa se desvaneció cuando mis ojos se encontraron con unos azules claro. Lo único real de las fotos de su perfil era el color de sus ojos. Tragué saliva porque, todos esos nervios que antes no tenía decidieron aparecer de golpe hasta darme ganas de vomitar. Me acerqué con lentitud, paso a paso, casi con miedo, mientras que por mi cabeza pasaban las posibles excusas que iba a decir para abandonar la cita y buscaba alternativamente la cámara oculta esperando que alguien saliera a gritarme que era todo una broma.

Este hombre que ahora me daba dos besos con una sonrisa achuchable se había comido al de las fotos y le sacaba cómo veinte años más. Había perdido la mitad del pelo y ahora lo acumulaba en la barba como si fuera el hermano gemelo de Papa Noel.

-¡Encantado, Pandora! ¡Eres mucho más guapa en persona! ¡Siéntate! -me saludó con carisma. Ya se había pedido una cerveza y un pincho de tortilla recién hecho. Sonreí incómoda.

No puedo decir lo mismo de ti.

-Las fotos…

-Sí, sí, sí -me interrumpió-. Son de cuando era más joven. ¡La gente entra sólo a esas aplicaciones para follar con gente guapa! Se ha perdido el arte de hablar, de conquistar con palabras.

-Ya, pero…

-Si hubieras visto que soy un profe de universidad calvo, con unos kilos más de los establecidos por la gente de tu edad… ¡No habríamos quedado! -volvió a excusarse.

No le faltaba razón. Hoy en día te guiabas más por el físico que por la personalidad. La sociedad se había cogido el privilegio de emitir los juicios que quisieran sobre el físico de los demás. Y eso era, mal y pronto, una mierda. Pero, hasta yo lo he hecho en millones de ocasiones, sin sentirme orgullosa de ello. A veces lo hacemos incluso sin darnos cuentos. No se puede evitar que lo primero que entre por los ojos sea el exterior, aun que éste se pierde cuando algunos abren la boca. Creo que todos estamos de acuerdo en que, una persona, por muy atractiva que te parezca, pierde todo su atractivo si te cae mal. Hay muchos tíos con los que me he liado sólo porque eran guapos y luego he hablado con ellos un par de veces y me he preguntado a mí misma en qué momento me pareció buena idea comerle la boca. Y otros tíos que a primera vista no eran los más atractivos de la discoteca, pero te decían dos cosas y, de repente, daban un *glow up.*

Este no era el caso.

-No te da derecho a mentir -fue mi momento de interrumpir su diálogo sobre la juventud y la guapura-. Y me voy a ir porque lo único que siento ahora mismo es miedo. Eres un impostor, joder.

-¡No soy un impostor, niña! Has hablado conmigo, con mi interior -se golpeó el pecho. Y me costaba admitir que tenía razón, que me había

gustado hablar con él. Pero ahora sólo me daba pavor.

-Te hubiera respondido con o sin pelo -susurré evitando su mirada-. Pero ahora me voy a ir.

-Todas las guapas sois iguales -masculló con desprecio y dio un largo sorbo a su cerveza echándose hacía atrás en el asiento.

Me obligué a mí misma a mantener la boca cerrada, porque hay personas con las que no merece la pena perder el tiempo.

-También dicen que los gorditos son simpáticos, pero tú eres un poco gilipollas -ups.

Me sentí mal y quise pedirle perdón, porque no tenía intención de meterme con su físico. Y yo era perro ladrador poco mordedor. Y, a veces se me perdía la boca, por impotencia, por rabia, y luego era la primera que lloraba pensando en que le había hecho daño a la otra persona. Pero me fui. Así que no seáis como yo y hacer caso a la regla de los cinco segundos: si ves algo en la apariencia de alguien que no se pueda arreglar en cinco segundos, no lo comentes.

Salí enfadada, con los puños apretados deseando contarle a alguien lo que me acababa de pasar. ¡Cómo era posible! Dos de dos.

El universo se estaba riendo de mí y yo no sabía como gritarle que parara, que me dejara tranquila. Entré en la conversación de Carlota y pulsé el botón para grabar nota de voz. Contándole detalladamente todo lo que había ocurrido, con descripciones exactas de la persona que había tenido frente a mí y de la escena desagradable que me había tocado vivir. El audio en cuestión duró ocho minutos. Lo que tardé el volver al edificio y subirme al ascensor para volver a mi trabajo deseando que nadie me dirigiera la palabra en lo que quedaba de jornada laboral.

-No sabía que habías salido -dijo Fernando pasando por mi lado escribiendo algo en un cuaderno negro. Lo miré de reojo y encogí de hombros sin detener el paso. Abusaba mucho de nuestra confianza. Hasta el día que de verdad me despida-. ¿Estás bien? -dijo agarrando mi hombro parándome en seco.

-He quedado con un tío -le confesé y entre a mi despacho. Entró conmigo detrás y cerró la puerta de cristal tras él. Se apoyó en la pared con los brazos cruzados y me miró sin disimulo, con la misma atención de siempre-. ¿Qué? ¿Quieres que te lo cuente?

-Si. Contándome estas cosas aprendo qué no hacer con las mujeres -bromeó y guiñó el ojo derecho. Tenía las pestañas cada día más largas.

Bufé y puse los ojos en blanco echándome atrás en la silla.

-Qué gracioso -ironicé-. Mintió en el perfil y me he encontrado a un cincuentón.

-¿Es verdad? -asentí. Entonces estalló en una carcajada. Una de esas que cierras los ojos y llevas la mano a tu boca porque la estás abriendo mucho- Lo que no te pasa a ti…

-Voy a borrarme Tinder.

-A la tercera va la vencida, Pandora. Date otra oportunidad. Al menos te lo pasas bien, tienes anécdotas para contar en tus próximas citas.

-No sé porqué tengo que buscar un novio. No quiero uno.

-No tienes que hacerlo si no quieres. Yo llevo un tiempo sólo y se está bien. Me gusta.

-A veces creo que nunca voy a encontrar ese amor del que hablan en las novelas que nos mandan.

-Son novelas, Pandora -dijo volviendo a su posición firme, seria, escondiendo la sonrisa-. Es ficción. Es la realidad que nos gustaría vivir. A nadie le gustaría leer desgracias, ya tienen suficiente con su vida.

-Sí, lo sé, pero…

-Mira, si estás en la aplicación porque te apetece conocer gente, follar libremente o divertirte. ¡Hazlo! Está genial. Pero si estás ahí porque crees que tienes que buscar un novio… Primero búscate a ti misma.

Sus palabras retumbaron con fuerza durante el resto del día. Se repetían como un disco rallado, pero uno de esos que preferirías no seguir escuchando. Llevaba razón, mucha. Más de la que me gustaría. Hacía tiempo que me había perdido a mí misma y era de esas personas difícil de encontrar. Estaba bloqueada. Me había quedado quieta, parada, en un punto que ahora dominaba mi vida y yo había perdido todo el control. Estaba en bucle conmigo misma, con mi ex relación, con un corazón dañado, con las malas experiencias, las malas decisiones y con los libros que leía de adolescente. Llevaba un año saboteándome sin darme cuenta de que lo hacía. Y cuando era consciente de ello buscaba cualquier cosa que me distrajera. Tenía un ancla en alguna parte de mi cuerpo, pero no sabía donde estaba, y no podía seguir adelante sin deshacerme de ella.

Pero tampoco quería borrar la aplicación. Porque era la primera vez en muchos meses que volvía a sentir adrenalina. Porque me gustaba tener cosas que contar. Cosas divertidas. Porque me apetecía vivir experiencias.

Quería conocer gente, reírme dentro de unos años de estas anécdotas con un margarita en la mano y mis amigas al lado recordando todas nuestras tonterías.

También quería conocer mis límites. En todos los aspectos, incluso sexualmente. Volver a despertar ese deseo. Disfrutarme, mimarme, darme todo el placer que siempre he dejado que sólo haga un hombre. Siempre había estado en pareja o con chicos de aquí te pillo, aquí me corro. Adoraba el sexo y me había desuscrito de él. Masturbarme en el baño me sentó genial, me sentí con mucha más confianza, más contenta e incluso la actitud parecía haberme cambiado. Tenía que hacerlo más a menudo y dejar de excusarme en que no tenía tiempo, me daba pereza, me acababa de duchar y no me apetecía mancharme, el vibrador no tiene pilas -lleva tres meses sin pilas-, tengo sueño, estoy demasiado borracha.

Tenía que sacar tiempo para mí.

Pero eso no significaba que fuera a dejar de querer a alguien en mi vida en algún momento. No sabía cuándo. Pero, a pesar de ser la generación de piedra, en el fondo creo que a todos nos apetece tener a alguien que esperar y que nos espere. Hay que aprender que puedes tener tiempo para ti y tiempo para conocer, pasar tiempo, enamorarte de otra persona. Y no tener que descuidarte por eso. Había que empezar a normalizar que el amor es esa persona con la que eres libre estando acompañada.

Capítulo 6

CAPÍTULO 6.

_____

-No tienen porqué ser tíos de Tinder, nena -puntuó mi amiga limpiando la barra de la cafetería sin prestarme demasiada atención-. Sal a tomarte algo y a ver qué pasa -terminó por aconsejarme Ana tras contarle mi estupenda cita de hacía una semana, por la que seguía teniendo mal sabor de boca y un nuevo trauma con los hombres.

No había tenido oportunidad de hablar con ella en estos días. Hacía unos días una influencer vino a la cafetería y, le gustó tanto, que acabó por hacer un post sobre la misma recomendándola. Desde ese día, todas las mesas están llenas, algunas personas hacen cola para comprar un café y un bollo para desayunar o simplemente vienen a pasar la tarde con su ordenador o pasar un buen rato. Si por lo general era acogedora, ahora el ambiente era mucho más agradable. Yo me había convertido en una de esas personas que cogían el café para llevar y, así, ahorrarle trabajo. Yo me lo llevaba a la oficina y me lo tomaba tranquilamente ojeando las redes sociales o hablando con alguno de mis compañeros.

Por otro lado, yo había estado toda la semana reuniéndome con algunos escritores con los que íbamos a lanzar nuevos libros en los próximos meses. Como llevaríamos el contrato, la campaña de publicidad, el número de ejemplares de primera edición. Detallábamos los últimos retoques en portada, contraportada, alguna errata que se nos hubiera podido escapar. En resumen, mantuve mi cabeza ocupada en otra cosa que no tuviera que ver con mi vida social.

También había hecho una visita rápida al bazar de debajo de mi casa y había comprado una caja grande de pilas que ahora guardaba en el cajón de mi mesita de noche. Todas sabemos para qué están destinadas. Y qué gusto. Volver a despertar mi libido había supuesto una mejora de mi insomnio, de mi estrés y de mi ánimo.

-No sé, tía. No veo eso de salir a ligar -decía dando vueltas a la cuchara, con el codo apoyado en la mesa de madera y sujetando mi mejilla con el puño y la mirada fija en el remolino de café que estaba creando-. Sabes que me cuesta.

-Bueno, ya se acercará alguno -decía con desparpajo. Ana era todo lo contrario a tímida. No tenía vergüenza a nada y sin salir de la barra había conseguido más ligues que de fiesta por Ponzano. Era ese tipo de persona que te dejaba su Instagram en el ticket o su número de teléfono en el

sobre de azúcar.

-¡Perdón por llegar tarde! -decía una ajetreada Carlota con la mirada perdida en el móvil. Besó mi mejilla y se sentó a mi lado- Menudo día llevo, tía, ¿de qué hablabais?

La miré durante un segundo para apreciar su outfit. Iba guapísima, como siempre. Un maquillaje natural, un contorno perfecto, el eye-liner hasta cuenca y los labios en un tono marrón oscuro. Vestía un vestido ajustado de cuero negro, de manga pomposa y por encima de las rodillas. Con unas botas altas planas engomadas de color verde militar. Daba cuándo o dónde la vieras, siempre iba a ir tremendamente guapa y preparada para cualquier ocasión. Ni si quiera recordaba verla en chándal. Hasta los conjuntos de deporte que utilizaban parecían sacados del nuevo catálogo de Louis Vouitton.

-Le decía que salga a conocer gente y se deje de aplicaciones.

-¡Genial! ¡Esta noche cenamos unas croquetas en la Habanera y de ahí tiramos para el Club Malasaña! A ver si nos encontramos a algún famoso para ti.

-Ya ha hecho el plan… -decía negando con la cabeza con una sonrisa en la cara.

Me fascinaba y envidiaba lo impulsiva que era, se apuntaba a un bombardeo si hacía falta. Siempre tenía ganas de hacer cosas, era la primera en la lista para cualquier plan. No le gustaba nada pasar tiempo en casa, siempre le gustaba estar en la calle o en mi casa. Le fascinaba pasear durante horas por el Centro de Madrid, sola o acompañada. Se ponía los auriculares y con algún buen álbum sonando de fondo empezaba su rumbo. Solía empezar con ella dando una vuelta por las tiendas y seguía con ella en una cafetería escribiendo y acababa haciendo su propia degustación Gourmet que le había recomendado. Aprendió a comer gracias a mí.

-¿Tú te apuntas? -se dirigió a Ana.

-A la cena no creo que llegue, pero a las copas sí -respondió con entusiasmo y maldeció poniendo los ojos en blanco cuando escuchó a alguien tirar algo-. Os veo luego.

-¿Tengo en tu casa los pendientes largos? ¿Los de perlas? -asentí dando el último sorbo y mirando la hora en mi móvil dándome cuenta de que llevaba más de media hora aquí metida y que Fernando estaría a dos minutos de cabrearse conmigo- Pues nos arreglamos allí.

Cuando salí de la oficina Carlota estaba en la puerta esperándome mientras hablaba por teléfono. Fuimos caminando hasta mi casa, charlando sobre cualquier cosa y me contaba los giros que estaba empezando a tomar la nueva novela. Al llegar al apartamento, ambas nos quitamos los zapatos y los voleamos por cualquier lado del pequeño salón. Nos gustaba ir descalzas. Era una de las pocas cosas que nos gustaba hacer a las dos. No teníamos muchas cosas en común, por no decir que no compartíamos nada, y creo que eso fue justamente lo que nos unió.

Se fue hacía mi nevera directa, se hizo con dos copas y cogió vino blanco. De eso nunca faltaba en casa. Abrió el armario de caprichos y abrió una bolsa de patatas. Llenó las copas y las dejó en la mesita de cristal que tenía frente al sofá, y se sentó en el cruzando las piernas. Pusimos algo de música y nos dedicamos a hablar. A hablar mucho. Cómo si no lo hiciéramos ya todo el tiempo. Aproveché para quitarme el sujetador que llevaba todo el día molestándome y me desabroché el cinturón. Ella también se quitó el cinturón de cuero que adornaba su cintura y estiró su cuerpo hasta hacerlo crujir. Odiaba esa manía que tenía desde hacia unos años.

-¿Te has vuelto a ver con Rúben? -me atreví a preguntar entrecerrando los ojos. Sabía la respuesta y también sabía que ella no me lo contaba porque ni Carlota se sentía orgullosa de su postura en esa relación, ni a mí me apetecía abrir la caja de recuerdos y pensar en el día que descubrí que mi ex me era infiel.

-Puede… -fruncí el ceño arrugando las frente- ¡Vale, sí!

-Tienes que dejar de hacerlo, ¿te gusta ser la otra? -pregunté encomillando con los dedos.

-Me da igual lo que sea Panda, es sólo sexo -me sonó a mentira. Se estaba pillando. Se había pillado de un hombre casado.

-¿Sabes si tiene hijos?

La mirada nerviosa de Carlota busco refugio por todo el salón. Agachó la mirada como una niña pequeña que iba a confesar haberse comido los caramelos y me miró arrepentida apretando los labios.

-Está embarazada -susurró en un hilo de voz.

-¡No puede ser! ¡No es verdad! -exclamé muy alto pegando un salto del sofá. Llevé la mano a mi cabeza y acaricié mis sienes procesando la información- Tienes que salir de ahí, Carlota. No mejor, tienes que contárselo a esa pobre mujer. Madre mía… Nunca entenderé porqué la

gente…

-Panda, eh, ¡Pandora! -me gritó llamando mi atención- ¿Crees que esa mujer lo que más necesita ahora mismo es saber que su marido le pone los cuernos? No sabemos nada de su vida. La vida no siempre son historias de cuento, la vida a veces es una mierda y esa es la realidad.

-Prométeme que no volverás a acercarte a ese tío.

-Pandora, yo…

-¿Te has pillado? Dime que no, por favor.

-No, no me he pillado -evitó mi mirada y supe que mentía-. Pero, dime, ¿cuándo fue la última vez que estuve más de una semana con un tío? -me senté en el sofá de nueva pensando nombres- Exacto, no hay nadie. Hace tiempo que no me compenetro así de bien con nadie.

-Sé que te aburrirás, como con todos.

-Yo también lo sé -se bebió la copa de golpe y procedió a echarse otra- y entonces dejaré de verlo.

-Es que con la cantidad de tíos que hay…

-Pandora -su semblante se enfrío-. Me gusta follar con él -sentenció- Ahora, venga, ¡arréglate!

Abrí mi armario sin saber qué ponerme y la opinión de Carlota no contaba en estas situaciones porque ella se arreglaría como si estuviéramos invitadas a algún desfile de Milán. Opté por lo básico y puse unas bermudas de color negro y unas medias del mismo color, porque por la noche aún refrescaba. Unas botas que me llegaban por encima de las rodillas y con un tacón más largo que mi mano. En la parte de arriba llevaba una camiseta lencera del mismo color. El negro por la noche era el color predominante. Para combinar cogí una blazer blanca con hombreras. Me di un poco de color a las mejillas, rímel y un pintalabios mate color vino tinto que resaltaba el poco pelirrojo que me quedaba.

Habanera era un restaurante precioso en el que predominaba la madera y el color verde menta. Solía venir mucho aquí con mis amigas o cuando me cruzaba con alguno de mis antiguos compañeros de universidad. Estábamos en la parte de abajo, donde el suelo era de mármol y parecías estar en un gran salón. Pero la curiosidad de que las sillas parecieran butacas de playa le daba un toque menos elegante. Estaba decorado con plantas, sobretodo palmeras. Es justo el salón que soñaba tener en mi futura casa. Que todo estuviera tan cuidado al detalle lo hacía aún más

acogedor.

La cena estuvo genial. Perdí la cuenta de la cantidad de croquetas que pedimos, probamos todas las de la carta. Otra vez. Como siempre. Lo acompañamos con vino, para variar y con un chupito final que diera paso a la noche de borrachera que seguro tendría.

-Como coma algo más prometo que vomito -dijo Carlota golpeando su pecho para eructar.

Me reí al escuchar los pequeños eructos de rana que soltaba por su boca. Nunca he escuchado a nadie eructar y peerse tanto como a ella. La confianza daba asco.

-Ahí está Ana -dije saludando con la mano para que me viera mientras llegábamos a la puerta del Club Malasaña

-¿Y esa quién es? -intentó susurrar una borracha Carlota a mi lado. No soportaba el alcohol, lo olía y se emborrachaba. Literalmente. Rodé los ojos cuando tanto Ana como su amiga la escucharon y apreté los labios en una línea para aguantarme la risa.

-¡Hola, guapas! Ella es Gema -la presentó. La mano de nuestra amiga estaba sujeto por otra mano rubia, bajita y con muchas curvas. Llevaba los labios pintados de rojo y tenía una sonrisa preciosa, de esas con dientes blancos y perfectos.

Nos dimos los dos besos reglamentarios y entramos juntas al local hablando animadamente. La música ya se escuchaba desde la puerta, pero desde dentro era mejor. Me encantaba ver cómo la gente disfrutaba, gritaba a pulmón las canciones, brindaban y reían por las esquinas. Sonreí y observé cómo Carlota miraba con el ceño fruncido a Ana o a su amiga. Realmente no sé a quién, pues tenía los ojos tan entrecerrados que parecía que se dormiría de pie.

-¿Te molesta? -quise saber agarrando de su brazo para que solo ella pudiera escucharme. Encogió de hombros y chasqueó la lengua. Eso es que sí. Su orgullo había sido emancipado. A ella le gustaba gustar, por encima de todo, incluso cuando ella ya se había acostado con esa persona, le gustaba saber que seguía provocando cosas en ella- Voy a por las copas, invito yo a la primera -dije olvidando que este era uno de esos sitios en los que si te despistabas te dejabas el sueldo.

Me acerqué a una de las barras de terciopelo y me apoyé esperando a que me alguien me atendiera. Repetía en mi cabeza lo que cada una había pedido porque ninguna coincidíamos en gustos. Me preocupaba dejar a Carlota solas con ellas y con la boca abierta dispuesta a decir cualquier tontería, pero me apetecía alejarme un poco de la zona de confort y

empezar a conocer gente nueva. Al final, ese era el motivo de salir esta noche.

Divisé la zona para ver si veía alguna cara conocida pero no dio resultado. Seguro que me topé con la mirada de muchosinfluencers pero, personalmente, no me los conocía a ninguno. Lo poco puesta que estaba en ese mundo era por la influencia de mi amiga como escritora y, prácticamente, modelo de Instagram. Me empapé del ambiente. La gente parecía pasarlo bien, se veían felices, ebrios y la mezcla de perfumes seguro que los tumbaba de un asalto. Había algunas parejas que se enrollaban y se sonreían cómplices, conociendo cómo acabarían la noche. Saltaban al ritmo de la música, la gente se abrazaba, gritaba, se subían en mesas a bailar y los porteros venían a regañarlos. Estas pobres personas debían de estar cansadas de soportar a tantos borrachos cada noche. Me topé con las miradas de algunas personas, muchos de ellos atractivos. Sonreían canallas y lanzaban miradas traviesas al aire. Me reí cuando uno de ellos me guiñó el ojo a mí y a la siguiente que le pasó por al lado. A este paso lo acabaría perdiendo.

-Ponme dos Barceló con coca-cola zero y una cerveza, la que quieras -dijo una voz grave a mi lado. Salí de mi lapsus mental y centré mi mirada en él- Gracias.

Capítulo 7

CAPÍTULO 7

———

Debió de sentir mi mirada clavada sobre la suya pues nuestros ojos no tardaron más de dos segundos en encontrarse los unos con los otros. Su mirada era pícara, arrogante, divertida. Tenía los suyos color miel, el foco de luz que le daba directamente en la cara me ayudaba a describirlo con facilidad. No tenía las facciones de su rostro muy marcadas, tenía la barba y perilla recortada al mínimo, dejando una suave sombra negra. Se relamió los labios, sabía que lo estaba estudiando al detalle. Los tenía gruesos en un tono oscuro que quedaban perfectamente simétricos con su ancha nariz. Tenía el pelo negro como el carbón, corto y con pequeños rizos, muy despeinado. Muy atractivo.

Era como ver resucitar a un Dios griego frente a mis ojos.

-¿Quieres algo? -preguntó con dureza. Su voz sonaba rota, pausada. La tenía grave, pero su postura era relajada. Me hizo sentir una electricidad cuando se dirigió directamente a mí. Se había apoyado en la barra con el codo derecho y ahora toda su atención la tenía yo.

Relamí mis labios inconscientemente cuando mis hormonas empezaron a bailar dentro de mí y me obligué a concentrarme en otro punto que no fuera el tatuaje que parecía salir de su hombro, que acababa de darle ese toque macarra que me estaba poniendo cachonda.

-Llevo media hora esperando que me atiendan y no me hacen caso.

-¿Pido por ti? -dijo sorprendentemente amable con una amplia sonrisa. Se le marcaban los hoyuelos y, entonces, imité su acción. Había pasado de parecer un tío pasota a uno tierno.

Se giró a la barra y guiñó un ojo a la camarera, la cual sonrió coqueta. Rodé los ojos, así que pasota, tierno y, además, ligón. Cumplía todas las expectativas de un verdadero personaje de novela.

-No necesito que me ayudes -respondí increíblemente molesta, apoyando mis codos en la barra y resoplando.

Estaba muy cerca de mí. Demasiado para mi gusto, pero estaba vez me parecía apropiado. No sólo porque con el sonido de la música me era imposible oírlo bien, sino porque olía bien. Una de esos perfúmenes que despiertan todo lo que pareciera estar muerto y aburrido dentro de ti.

Mi libido, en este caso.

-No te ven porque eres bajita -se burló, sin dejar a un lado la sonrisa. Realmente tenía una estatura media, pero él era altísimo y a su lado me veía ridícula. Podría hacerse pasar por un jugador de Baloncesto-. Hugo, por cierto.

-Pandora -me presenté sin mostrar expresión alguna en mi cara, buscando a la camarera con la mirada.

Finalmente pedí y pagué con la tarjeta rellenado los vasos con los refrescos de la mezcla. Os aconsejo que nunca paguéis con tarjeta las copas porque empiezas un juego en el que vas a perder mucho dinero. Muchísimo.

-¿Enserio? -se rio desde la garganta sin separar los labios y cruzó ambos brazos sobre su pecho. No se le marcaban los bíceps, no tenía un cuerpo muy ejercitado. Volví a clavar mi mirada en él en un intento de parecer seria, pero se me escapó una sonrisa cuando descubrí la expresión burlesca de su cara. Era guapo, muy guapo y eso me distraía. Era uno de esos tíos que describen en las novelas que pareces ficticios porque no te los has cruzado nunca por la calle- Perdona, no me lo esperaba. Pareces especial.

-¿Parezco? -me insinué dando el primer trago a la copa con pajita. Siempre con pajita- Dices eso porque no me conoces bien.

Ni yo supe de dónde saqué la valentía.

-¿Y quieres que nos conozcamos?

-Ahora mismo quiero irme con mis amigas y emborracharme -encarnó una ceja y mordió su labio inferior con disimulo. Suspiré aguantando las ganas que me habían dado de besarlo, de probar cómo sabía la cerveza en su boca-. Pero igual nos volvemos a encontrar.

Ojalá que sí.

-Igual pedirte el número es demasiado descarado para una primera vez, pero si buscas tu perfil y te sigues, te hablaré -sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón, abrió la aplicación de Instagram y pulsó en el buscador.

Dudé por un segundo, moviendo mis pulgares sobre el teclado sin saber si sería buena idea. Pero no me importó aceptar el plan pues tenía la cuenta abierta y realmente cualquier persona podía seguirme, cotillear o

acosarme si se lo propusiera.

-¡Panda, porqué tardas tanto! Están besándose y yo no sé si unirme o… Oh, hola -apareció una apresurada Carlota a mi lado. Qué oportuna vaya. Ya había recogido su pelo en una coleta, poco había tardado, no le gustaba llevarlo suelto cuando salíamos. Según ella le molestaba.

-Es Hugo -dije con naturalidad sabiendo que las miradas de mi amiga me gritaban que él sería mi tercera cita y rogaban que la última.

Yo también quería que fuera la última.

Nunca habíamos tenido un gusto similar en tíos. Ella los prefería rubios, altos y jóvenes, y a las chicas las prefería morenas y bajitas. Le gustaban mayores por lo general, pero los solía preferir un par de años menores, según ella le hacía sentir más dominante ser la experimentada. En su contrario, yo sólo los prefería mayores. No tanto como el hombre del otro día, pero si unos cuantos años de diferencia por esa experiencia de la que hablaba.

Aun que siendo sinceras, no tenía nada que ver una cosa con la otra, pero nos gustaba buscarle excusa a todo.

-Encantada -dijo carismática como siempre dándole dos besos. Agarró su copa y dio un largo trago. Uno de esos que acaban en vómito o en sueño profundo-. ¡Vente con nosotras! -propuso lo que yo no me atrevería a decir.

La mirada de Hugo viajó a la mía, me miró por encima del hombro y yo me hice la distraída. Parecía notarlo y se agachó hasta que su boca acabó cerca de mi cara.

-¿Te importa? -me preguntó cerca de la oreja y sentí su respiración chocar contra mi mejilla. Tragué saliva y, sin verlo, supe que sonreía. Me estaba poniendo cachonda, no sé cuánto más aguantaría. Encogí de hombros mientras negaba y sonreí- Aviso a unos colegas y vamos.

Carlota se encargó de señalarle el sofá en el que estábamos. Me ayudó a llevar las copas y yo trataba de concentrarme en otra cosa que no fuera empezar a imaginarlo desnudo. Tenía las hormonas de una quinceañera ahora mismo. Llegué hasta el resto de mis amigas y yo me encargué de ponerlas al día con lo que había pasado. Ana pareció entusiasmarse mucho, incluso dio unos saltitos y aplaudió. Que tu amiga se alegre tanto porque ligues significa que hace mucho que no te acuestas con nadie. Pero ella era así, todo le entusiasmaba. Era de esas personas que hasta lo más mínimo le impresionaba, todo era el mejor momento de su vida, siempre decía que algo le hacía la más feliz del mundo y siempre vestía una amplia sonrisa. Tenía esa vibra de la que carecemos muchas

personas.

Intenté beber un poco más rápido de lo que habituaba para evitar conflictos entre mí yo extrovertido y mi yo tímido. Quería que prevaleciera la primera y que la segunda se fuera a dormir hasta mañana.

A los pocos minutos, Hugo se presentó con sus dos amigos. Estos iban agarrados de la mano y se aceraron a nosotras con desparpajo. Supuse que eran pareja. A primera vista, parecían una de esas parejas echas el uno para el otro. Parecían unidos por ese hilo rojo invisible del que tanto escuchamos hablar. Se les veía felices y coordinados. Incluso había elegido un outfit a conjunto. No pude evitar sonreí e imaginarme un futuro así. Saludé con dos besos a cada uno. Los cuales piropearon nuestros outfits de fiesta, les encantó que mi pelo fuera naranja oscuro y se empezaron a llevar especialmente bien con Carlota. Aun que no me extrañaba, Carlota era una de esas personas que al minuto de conocerlo sentías que conocías de toda la vida.

-¡Venga invito a chupitos! -dijo uno de ellos y se marchó agarrado del brazo de mi amiga hablando animadamente de vete tú a saber qué.

Ellos mismos se encargaron de presentarse y los dos compartían nombre: Francisco. Curioso, ni hecho a posta. Así que se presentaban como: Cisco y Fran. Así fue como nos dirigimos a ellos durante toda la noche. El primero era alto, castaño, tenía los ojos rasgados y los labios gordos. Era abogado, especializado en temas civiles y trabajaba en un bufete a las afueras de Madrid. El segundo, era un pelín más bajo, tintado en un rubio platino, ojos azules y labios finos, trabajaba en una tienda de ropa y tenía el sueño de ser diseñador. Le fascinaba la moda por lo que comentaba. Eran amigos de Hugo desde que él llegó a Madrid, cuando tan solo tenía dieciocho años -ahora tiene veintiséis-. Un poco joven, para mi gusto. Según contaron, se conocieron un tarde de lluvia en el metro. Hugo los defendió en la boca del metro cuando un tío, sin ningún tipo de vergüenza, gritaba una serie de comentarios homófobos. Según cuentan aquello acabo a puñetazo limpio.

-Hugo se lio a puñetazos -decía Fran bebiendo su copa mientras contaba la historia-. Era un joven perdido, menos mal que nos encontró. Sino ahora estaría en la cárcel, ¡mínimo! -bromeaba él.

Sentía la mirada de Hugo todo el tiempo puesta sobre mí. A pesar de yo intentaba prestar atención a la historia de Fran, sin desviar mi mirada a otro punto.

-Exagerado… -susurraba todo el tiempo el protagonista de la historia bebiendo de su cerveza. No tomaba otro tipo de alcohol, según él no le

sentaba bien.

Los Franciscos tenían rozaban los cuarenta años cada uno y aparentaban ser más jóvenes que yo. Tenía que preguntarles su secreto para una piel tan limpia.

El resto de la noche fue tomando forma de modo fluido. Ana y su amiga se fueron a la mitad. Parecían algo incómodas en un punto de la noche y suponía que al día siguiente me contaría todo con detalle. El resto seguíamos hablando mucho, cantábamos y bailábamos alguna canción que sonara. Carlota y yo perreábamos el reggaeton antiguo bajo las burlas del resto y animábamos a cualquier que pasara por nuestro lado a bailar. Una copa, otra copa, dos rondas más de chupitos, la tarjeta echando humo, yo más cerca de Hugo, su mirada sobre la mía, mis ojos sobre sus labios.

Poco a poco se acercaba la hora de cerrar. Por primera vez no quería ese momento llegara. El de encender las luces y poner música de verbena que significaba despedida. Desde hace mucho no me lo pasaba tan bien y no tenía tantas ganas de seguir bebiendo y quedándome hasta el final de la fiesta. Hasta que los camareros estuvieran barriendo y el portero tuviera que venir a sacarme a patadas de aquí.

Pero ese momento llegó.

Salimos los cinco juntos, riendo de cualquier tontería que en nuestra cabeza fuera lo bastante graciosa como para llamar la atención de todo el mundo a carcajada limpia. Yo iba agarrada al brazo de Cisco y hablábamos en confianza sin importar que hacía menos de tres horas que nos conocíamos.

-¿Así que citas por internet? No te haces una idea de la de casos feos que nos han llegado por culpa de eso… -me decía mientras andábamos hasta la carretera para pedir un Uber, cada uno en una dirección- También tiene que haber alguien bueno es solo que…

-Te crea desconfianza -acabé su frase cabizbaja. Mi mirada se posó en la espalda de Hugo. Al contrario de sus brazos, ahí si se le notaban los músculos fuertes, tensos, de esas espaldas de pasar horas en el gimnasio. Y sí, me di el pequeño placer de bajar a su culo. Perfectamente redondo.

-Además, ¡eres preciosa! Los tienes que tener haciendo cola.

Me reí por la nariz y negué con una sonrisa sin enseñar los dientes. Él me empujó un poco con su hombro. Parecía una persona seria y cariñosa al mismo nivel.

Me fijé en que no dejaba de mirar a Fran con los ojos iluminados y se reía de todas sus bromas aun que algunos lo miráramos anonadados y Hugo se encargara de decir que sus chistes eran malísimos. Le había acomodado la chaqueta un par de veces sin que él se diera cuenta. De en vez cuando buscaba su mano y la acariciaba con disimulo. Antes de ir al baño o a pedir en la barra le daba un beso en la mejilla y si nosotros nos descuidábamos aprovechaba para dejar pequeños besos en sus labios. Sonreí. Es justo el calor del amor del que siempre hablo. De los detalles que a ojos externos parecen nada pero que entre ellos lo son todo.

-¿Cuánto lleváis? -me adelanté a preguntar, cambiando de tema.

-Desde los veinte años, más o menos. Aunque no empezamos a salir hasta los veinticuatro o así.

-¿Puedo preguntar por qué?

-Ya lo estás haciendo, cariño -me guiñó el ojo y sonreí de lado como una niña pequeña-. Yo era un tío super hetero, o eso creía, hasta que un día lo vi y me enamoré. Tal cual. Lo vi y quise besarlo. Fue una locura, mucho más para él. Pues yo no entendía nada y tenía muchas idas y venidas. Unos días sólo quería estar con él, pero luego me acostaba con una tía. Él no soportaba que yo lo quisiera llevar en secreto y yo no aguantaba que me forzara a contarlo. También era una época difícil para salir del armario, hay mucho gilipollas suelto.

-Y la cosa no cambia -maldecí. No soportaba a las personas que faltaban el respeto o discriminaban a otras por su orientación sexual. Me repateaba.

-Exacto -nos paramos junto al resto del grupo que hablaba animadamente-. Por eso tardamos tanto en formalizarnos. A mí me costaba creerlo y lo dejaba. Luego volvía y todo parecía maravilloso. Pero acababa por irme otra vez -de repente paró y sonrió mirando el suelo-. Me di cuenta de que no tenía qué ponerme una etiqueta. Me gustaba Fran y ya esta. Y así hasta ahora.

-¿De qué habláis? -dijo una borracha Carlota con los tacones en la mano y apoyada sobre los hombros de ambos chicos. Sus párpados se caían y eso significaba que iba a dormirse camino a casa.

-Le contaba nuestra historia -respondió el castaño sonriendo con ternura a su novio. No pude evitar sonreír al verlos así y sentí un cosquilleo por todo mi cuerpo.

Otra vez tenía la mirada de Hugo posada sobre mí, él relamió sus labios y se dio el privilegio de echarme un vistazo de arriba abajo, a sabiendas de

que yo sabía lo que él hacía. Carlota pareció notarlo también y habló.

-¿Nos tomamos la última en mi casa? -ofreció mi amiga. Puse los ojos en blanco y me acerqué a ella. Carlota de verdad haría lo que fuera porque yo echara un polvo.

-Pero si no puedes ni contigo misma.

-Bebéis vosotros, no me quiero separar de Fran -dijo con un puchero y abrazándolo como una niña pequeña. Todos reímos.

Finalmente accedimos a sus quejas y pataletas infantiles y nos fuimos a su apartamento. Estaba todo el salón perfectamente ordenado. Normal, nunca estaba aquí, y venía a desordenar mi cocina. En un rápido movimiento se deshizo de toda su ropa conforme caminaba a su habitación, y yo tras ellas recogiéndolo todo, y se cambió a un pijama lencero rosa. Me ofreció ropa de cambio, pero negué porque estaba bien así. Eso sí, me desabroché el botón de la bermuda. Mi tripa necesitaba liberación.

Ayudé a Carlota a preparar las copas y a ella le hice una infusión, para que se le pasara un poco el colocón antes de irse a dormir o se arrepentiría todo el fin de semana de esa última copa.

-Me gusta Hugo -susurró en la cocina. La miré boquiabierta y algo entristecida. Debió entender mi expresión y rectifico-.¡¡No que me guste para mi!! -negaba con gestos exagerados- Digo para ti.

-No lo conoces. No lo conocemos -corregí.

-¿Os ayudo? -hablando del rey de Roma. Como si hubiera escuchado su nombre en la conversación apareció por la puerta de la cocina.

-Mira sí, hacedlo vosotros. Yo me voy a tumbar en el sofá.

Ambos nos reímos y maldecí internamente por su táctica de dejarnos solos y su gracioso guiño de ojo saliendo por la puerta. Los ojos de Hugo buscaron los míos. Su mirada seguía siendo igual de tensa y atrevida. El color de sus ojos ahora se veía más oscuro y relamía sus labios cada vez que su mirada se desvía a los míos. El calor volvió a subir hasta mis mejillas y sentí cómo me sonrojaba. Se siente muy bien que alguien te desee así.

-Por fin te tengo un rato para mí -dijo apoyando su cuerpo en la encimera de mármol de la cocina-. Me preocupaba que pensaras que ligaba con tu amiga y no contigo.

-¿Estás ligando conmigo?

-Totalmente, Panda -guiñó el ojo y se echó el pelo hacía atrás. Rodé los ojos cuando pronunció el apelativo y gruñí-. ¿Puedo llamarte así? Carlota lo hace. Es mono.

-¡No! -exclamé señalándole con el dedo. Lo odiaba- Me arrepiento de permitírselo a ella, pero después de tantos años, a ver quién le dice lo contrario.

-¿Suena muy atrevido si digo que quiero besarte?

Solté los vasos nerviosa y lo miré directamente. Ahí estaba de nuevo esa sonrisa orgullosa. Tenía los párpados algo hinchados, del alcohol y el cansancio y porque seguramente llevaba lentillas. Los labios habían cogido un tono más rosado, había perdido la cuenta de la de veces que se los había mordido. Los mofletes también tenían ese mismo color. Por el calor entre nosotros, en la sala o por las cervezas.

Sin darme cuenta había acortado las distancias con él y lo tenía a menos centímetros de los que me permitía pensar. No parecía una de esas personas que te pedía permiso para darte un beso. Tenía pinta de ser de esas que sin previo aviso te agarraban del brazo y te acercaban para besarte. Pero no nos conocíamos. No nos conocíamos y quería besarme. Yo también tenía ganas. Muchísimas. Nunca había sentido tantas ganas de devorar los labios de otra persona. Así que lo hice.

No sabemos cuánto tiempo tenemos como para perderlo quedándonos con las ganas.

Me puse de puntillas con atrevimiento y uní nuestros labios en un deseoso beso. Uno de esos en los que la lengua entraba con decisión sin pedir permiso. Sus labios respondieron bien, desesperados, con ganas. Con sus dos manos agarró mi cuello con fuerza, tanta que sentí un poco de dolor en la zona. Y no me importaba porque se sentía muy bien. Me atrajo aun más a él, si era posible, y sentí su erección chocar contra mi pelvis. Esto es a lo que se refiere mi amiga con un hombre con la polla grande. Bendita sea. Sus manos bajaron a mi cadera y una de ellas pellizcó mi culo sin discreción. Mis manos jugaban en su pecho mientras los besos seguían coordinados. Jadeaba con suavidad cada vez que los milímetros entre nosotros me lo permitían. Sentía como mi vagina palpitaba y el calor se adueñaba de mi cuerpo. Gemí sobre su boca. Era uno de esos besos que te roban la respiración. Atrapé su labio inferior para descansar porque el oxígeno se había perdido entre la brusquedad del ritmo que él marco y el olor a lujuria que desprendíamos. Gruñó ante el mordisco y supe que le gusto cuando me apretó aún más fuerte contra él. Sabía a cerveza y a menta. Yo seguramente sabía a ron y croquetas. Notaba como su pecho

subía y bajaba con fuerza, mi respiración también estaba ajetreada.

Nos separamos. Lo justo para que nuestras respiraciones siguieran mezcladas. No perdí detalle de sus ojos y de cómo estos se habían vuelto aún más oscuros, lascivos. Acarició mi mejilla con su pulgar y yo besé la zona de piel que rozó mis labios. Relamí mis labios bajo su atenta mirada. Tenía la boca seca y me costaba estabilizar la respiración y mis piernas, que temblaban como si fueran un terremoto. Entonces apoyó su frente sobre la mía, tenía que agacharse un poco para poder hacerlo bien. Sonrió. Una sonrisa pícara, cómplice y satisfecha. Una sonrisa que radiaba peligro, sexo, ganas de repetir.

-Como vuelvas a besarme así, te empotro contra la encimera -susurró sobre mis labios antes de dejar un casto beso sobre ellos, cerrando los ojos y cogiendo las copas que nuestros amigos pedían a gritos.

Capítulo 8